3 1761 08831878 7

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO

JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

PÁGINAS OLVIDADAS DE ESPRONCEDA

LS
E779p

PÁGINAS OLVIDADAS

DE

D. JOSÉ DE ESPRONCEDA

SEGUNDA EDICION

MADRID

Librería de los Sres. Simon y Osler
18 — Infantas — 18
1882

457084
1. 47

Es propiedad de los señores Simon y Osler.

Imprenta de Guillermo Osler, Espiritu-Santo, 18.

ADVERTENCIA.

Habiendo adquirido la propiedad de la obra PÁGINAS OLVIDADAS, *de D. José Espronceda, nos vemos obligados por las continuas demandas del ilustrado público á dar á luz la presente y nueva edicion, agotada ya la última que hizo la casa de los Sres. Medina y Navarro, antes propietarios de la obra.*

Debemos consignar que es completamente idéntico el texto, tal y como se ha venido publicando, pues hasta hemos dejado en su lugar el prólogo con que D. Gumersindo Laverde *encabezó la obra del eminente vate.*

SIMON Y OSLER.

Madrid, Agosto de 1882.

AL LECTOR

—

Con frecuencia solemos en el dia lamentarnos de la incuria de nuestros mayores por haber dejado caer en el olvido no pocas producciones literarias, estimables, ora por su mérito intrínseco, ora como datos históricos, por las interesantes noticias que contienen ó por la nombradía de sus autores. Quizá no pequen de injustos los venideros en achacar el mismo pecado á la generacion actual, cuando, al volver la vista hácia nuestro siglo y recordar la série de privilegiados talentos con que justamente se envanece, echen de mé-

nos las obras á que muchos de ellos deben su fama ó, para disfrutarlas, tengan que andar de biblioteca en biblioteca buscando las colecciones de periódicos, si éstas, por ventura, llegan á la posteridad, lo cual, dada su rareza, se nos figura harto contingente.

Prevenir semejante inculpacion por lo que respecta á una porcion no despreciable de las de Espronceda, es el fin que, al dar á la estampa este librito, nos proponemos. Tiempo há que goza el público su novela, llena de color local, intitulada *Sancho de Saldaña ó el Castellano de Cuéllar*, el tantas veces reimpreso tomo de sus *Poesías,* su célebre poema *El Diablo Mundo* y las dos piezas escénicas, *Amor venga sus agravios* y *Ni el tio ni el sobrino*, que escribió en colaboracion con D. Eugenio Moreno Lopez la primera, con D. Antonio Ros de Olano la segunda, y están incluidas en la *Galería Dramática* de Delgado. Pero toda-

vía quedan, dispersos unos en diarios y revistas, inéditos otros, bastantes frutos de su clarísimo ingénio, cuya lectura pocos, y esos incompletamente, logran, aunque su existencia sea de muchos, en gran parte, sabida. Los aficionados á las letras y admiradores de Espronceda, veránlos á continuacion, con gusto sin duda, por primera vez compilados. Falta únicamente la tragedia *Blanca de Borbon*, de la cual no hemos podido disponer por ser propiedad su manuscrito, si no estamos equivocados, de los herederos del insigne poeta, que es de esperar la impriman en breve.

Veintitres composiciones en verso, inclusos algunos fragmentos, presentamos aquí reunidas. Entre ellas las hay de más que mediano mérito y no indignas de figurar al lado de las que forman la principal coleccion de *Poesías* de Espronceda. Tales son, por ejemplo, las tituladas *A Matilde, El Dos de Mayo*, *El templario A la traslacion*

de las cenizas de Napoleon, *El ángel y el Poeta*, y algunas otras, pues, aunque no exentas de lunares, ofrecen, á vuelta de ellos, rasgos notables por el pensamiento ó por la expresion, ó por una y otra cosa juntamente. Pero áun las que no alcanzan á ese grado de excelencia se leen con deleite. Los grandes artistas, hasta cuando juegan con el pincel, dejan sobre la tabla ó el lienzo algunos reflejos de la llama divina que arde en su mente.

No han de agradar ménos los tres escritos en prosa á cotinuacion impresos, señaladamente los dos primeros, trazados con soltura, amenidad y gracia, sobre toda ponderacion encatandoras. El relativo á *España y Portugal*, inspirado por un sentimiento nobilísimo altamente patriótico, contiene ideas muy atinadas, siquier hoy no presenten tanta novedad como cuando fué compuesto. Advertiremos, empero, que distamos mucho de convenir con Espronceda en

ciertos juicios históricos. Hallámosle injusto por excesivamente severo con Felipe II, rey grande, no obstante sus faltas y errores, más imputables algunos á su épeca que á él mismo, y encomiástico en demasia con el marqués de Pombal, personaje funesto, siquier llevase á cabo algunas mejoras materiales y económicas. El monarca español fué infinitamente más liberal que el ministro portugués, gobernante despótico, si los ha habido, á no ser que por liberalismo se entienda el vejar á la Iglesia, tratar como párias á los juesuitas y relajar los vínculos morales y religiosos. Y si no, ¿quién de ellos guardó é hizo guardar mejor la Constitucion y franquicias tradicionales del pueblo lusitano?

Casi tan interesante como el texto son los *Apéndices* que cierran este pequeño volúmen, mereciendo llamar la atencion especialmente, el primero por las poesías que contiene de Gil y Zárate y otros ilus-

tres vates, el segundo por el relato de la azarosa vida de Alvear, debido á la pluma de una hija de éste sábio y heróico marino, y el último por la elegía que en él se trascribe del melancólico y tierno cantor de *La Niebla* y *La Violeta*, Enrique Gil (cuyas obras pensamos publicar dentro de poco, Dios mediante), y por el discurso que en el entierro de Espronceda pronunció el famoso orador D. Joaquin María Lopez.

El público juzgará hasta qué punto cumplimos el compromiso que voluntariamente nos hemos impuesto. En todo caso, esperamos que lo plausible del intento servirá de disculpa á las faltas en que hayamos podido incurrir, ya que la buena voluntad no siempre sea garantía del acierto.

G. L.

Madrid, Junio de 1873.

A...

DEDICÁNDOLE ESTAS POESIAS

SONETO (1).

Marchitas ya las juveniles flores,
Nublado el sol de la esperanza mia,
Hora tras hora cuento, y mi agonía
Crece con mi ansiedad y mis dolores.
Sobre terso cristal ricos colores,
Pinta alegre tal vez mi fantasía,
Cuando la triste realidad sombría
Mancha el cristal y empaña sus fulgores.
Los ojos vuelvo en incesante anhelo,
Y gira en torno indiferente el mundo,
Y en torno gira indiferente el cielo.
Á tí las quejas de mi amor profundo,
Hermosa sin ventura, yo te envío:
Mis versos son tu corazon y el mio.

---

(1) Salió á luz en la primera edicion de las *Poesías* de Espronceda. Ignoramos la causa de su omision en las posteriores.

Á DON DIEGO DE ALVEAR

SOBRE LA MUERTE DE SU AMADO PADRE

ELEGÍA (1).

¿Qué es la vida? ¡gran Dios! plácida aurora,
Cándida rie entre arreboles cuando
Brillante apenas esclarece un hora;
Pálida luz y trémula oscilando,
Baja al silencio de la tumba fria.
Del pasado esplendor nada quedando;
Allí la palma del valor sombría
Marchítase, y allí la rosa pura
Pierde el color y fresca lozanía;
No alcanza allí jamás de la ternura
El mísero gemido ni el lamento,
Ni poder, ni riqueza, ni hermosura.
Sobre yertos cadáveres su asiento

(1) Véase el *Apéndice*.

Erige, y huella la implacable muerte
Armas, arados, púrpuras sin cuento.
  Mísero Albino, doloroso vierte
Lágrimas de amargura: á par contigo,
Yo gemiré tambien tu infausta suerte.
  Y si el nombre dulcísimo de amigo,
Si un tierno corazon alcanza tanto,
Tus penas ¡ay! consolarás conmigo.
  El tormento, el dolor, la pena, el llanto
Debidos son de un hijo cariñoso
Al triste padre de quien fué el encanto.
  Mas no siempre con lluvias caudaloso
El valle anega montaraz torrente,
Ni encrespa el mar sus olas borrascoso:
  No siempre el labrador tímido siente
El trueno aterrador, ni al aire mira
Desprenderse veloz rayo luciente.
  Ahora lamenta, sí, tierno suspira,
Desahogo que dió naturaleza;
Que el pecho al suspirar tal vez respira.
  Lágrimas, sólo el áspera dureza
Calman del infortunio: ellas la herida
Bálsamo son que cura y su crudeza.
  ¡Cuánto sería mísera la vida
Si, envuelta con el llanto, la amargura
No brotara del alma dolorida!
  Trocada en melancólica dulzura,
Sólo queda despues tierna memoria,

Y áun halla el pecho gozo en su tristura.
  Tú así lo probarás: ya la alta gloria
De tu padre recuerdes, coronada
Su frente de laurel de la victoria;
  Ó ya vibrando la terrible espada,
En medio al ancho piélago, triunfante,
Miedo y terror de la francesa armada,
  Ó el arnés desceñido de diamante,
En oliva pacífica trocando
El hierro en las batallas centellante.
  Aún hoy miro á los vientos flameando
Las ricas apresadas banderolas,
Augusta insignia del francés infando;
  Y aún hoy resuenan las medrosas olas,
Al azotar de Cádiz la alta almena,
De sus glorias á par las españolas.
  Tintas en propia sangre y sangre ajena,
En la sañuda lid siempre miraron
Brillar su frente impávida y serena;
  Y en torno amedrentadas rebramaron
Cuando al morir sus prendas más amadas,
Impávido tambien le contemplaron.
  Cayeron á su vista, y casi ahogadas
Las vió tenderle los ansiosos brazos,
Y súbitos al profundo sepultadas;
  Y en desigual combate hecho pedazos,
Aún su corazon altivo y fuerte
Del anglo esquiva los indignos lazos.

Busca con ansia entre la lid la muerte,
Y huye la muerte de él, y ¿quién, quién pudo
Penetrar los secretos de la suerte?
Nuevo y dulce placer, mas dulce nudo
Grata le aguarda su feliz ventura
Cuando más de favor se cree desnudo.
¡Cuánto gozo sin fin! ¡Cuánta ternura
Probó en los brazos de su nueva esposa
El beso al recibir de su dulzura!
Ya agradable á su prole numerosa,
Vuelto otra vez á los paternos lares
Daba lecciones de virtud piadosa.
Ya calmaba del triste los pesares
Con lábio afable y generosa mano,
Ya llevaba la paz á sus hogares.
Y en tanta dicha el corazon ufano,
De lágrimas colmado y bendiciones,
Tornaba alegre el venerable anciano:
Los timbres á aumentar de sus blasones
Á vosotros sus hijos animaba
Recordando sus ínclitas acciones.
Y en todos juntos renacer miraba,
De nombre á par, su antigua lozanía,
Y tierno en contemplaros se gozaba.
¿Por qué tú ¡oh muerte! arrebataste impía
Al que de tantos tristes la ventura
Y el noble orgullo de la pátria hacía?
Fuente á eterno llorar abrió tu dura

Mano, y tu saña y cólera cebaste
Á un tiempo en la inocencia y la hermosura.
  Y ¿qué cítara triste habrá que baste
Lúgubre á resonar en sordo acento
Cual de su dulce esposa le arrancaste?
  La noble faz serena, el pecho exento
De tormento roedor, dulce y tranquilo
Dió entre sus hijos su postrer aliento.
  Y ya cayendo de la parca al filo,
Cual se oscurece el sol en Occidente,
Va del sepulcro al sosegado asilo.
  Gemidos oigo y lamentar doliente
Y el ronco son de parches destemplados
Y el crujir de las armas juntamente.
  Marchan en pos del féretro soldados
Con tardo paso y armas funerales
Al eco de los bronces disparados.
  Y entre fúnebres pompas y marciales,
En la morada de la muerte augusta
Las bóvedas retumban sepulcrales.
  ¡Ay! para siempre ya la losa adusta,
Oh, caro Albino, le escondió á tus ojos;
Mas no el bueno murió: la parca injusta.
  Roba tan sólo efímeros despojos,
Y alta y triunfante la alcanzada gloria
Guarda en eternos mármoles la historia.

Á LA SEÑORA DE TORRIJOS

ROMANCE (1).

Yo sé que estás enojada,
Y sé la razon, señora,
Que de cortés caballero
Falté á la palabra honrosa
No trato de disculparme,
Si es mi falta mucha ó poca;
Sólo sé que no he cumplido
Con mi deber, y esto sobra:
Mas yo sé que en perdonar
Amables ojos se gozan,
Que si ántes bellos parecen,
Más bellos son si perdonan.

(1) Debemos á la fina amistad del eminente literato señor de Cueto, la copia que de este Romance le facilitó la misma señora Condesa de Torrijos. A continuacion de él escribió Espronceda las siguientes líneas:—«Muy señora mia: »Sírvase V. admitir este pequeño obsequio en cumplimiento »de las ofertas que no cumplí. He venido á despedirme de »usted para Burdeos, y, con el sentimiento de no haberla »visto, me ofrezco á sus piés como su más respetuoso ser»vidor.—*José de Espronceda.*»

Tú en mí perdona un culpado,
Que harto es mi culpa penosa;
Lleve en mi falta el castigo,
Que él iba en mi falta propia.
Perdóname; así en tus brazos
Ojalá estreches gozosa
Al que, terror del tirano,
El libre perdon tremola;
Al que en los mares de Alcides (1),
El astro sigue de gloria
Con el ánimo invencible
Que ningun peligro doma.
¡Ojalá pronto le abráces,
Y le ciñas las coronas
Que de laurel á los héroes
Tejen Minerva y Belona!
Y entanto que sus hazañas
La fama al mundo pregona,
Tú con plácida sonrisa
Admite mi humilde trova;
Y espera que pronto el dia
Llegará de la victoria,
Y oirás más altas canciones,
A par con él venturosa.

París, 1830.

(1) El general Torrijos se hallaba á la sazon emigrado en Gibraltar preparando la desgraciada empresa de Málaga contra el gobierno absoluto de Fernando VII.

OCTAVA REAL [1].

El estandarte ved que en Cerinola
El gran Gonzalo desplegó triunfante,
La noble enseña ilustre y española
Que al indio domeñó y al mar de Atlante;
Régio perdon que al aire se tremola,
Donde *Cristina,* enseña relumbrante,
Verla podremos en la lid reñida
Rasgada sí, pero jamás vencida.

---

(1) Improvisada en un banquete que se celebró el 10 de Octubre de 1831 con motivo de haber S. M. la Reina Doña María Cristina distribuido las banderas á los diferentes cuerpos de la guarnicion de Madrid, y entre ellos al de Guardias de la Real Persona, del cual era indivíduo Espronceda por aquel entónces.

Á MATILDE [1].

Aromosa blanca viola,
Pura y sola en el pensil,
Embalsama regalada
La alborada del Abril.
Junto al márgen florecido
De escondido manantial,
Sólo avisa de su estancia
Su fragancia virginal.
Allí el aura sosegada
Con callada timidez,
Hiere apenas cariñosa
Su donosa candidez.
Silencioso el arroyuelo,
Con recelo besa el pié,
Y no dice su ternura
Ni murmura su desden.

---

(1) El Sr. Ferrer del Rio, en su biografía de Espronceda, habla de un romance *A Laura*, inserto en *El Pensamiento*. Aludia probablemente á esta composicion, equivocando el nombre de la dama en ella cantada, pues con dicho título no se halla en aquel periódico romance alguno.

Y su imágen mira en ella
La doncella con rubor,
Que es la viola pudorosa
Flor hermosa del candor.
Tal, Matilde, brilla pura
Tu hermosura celestial,
Y es más plácida tu risa
Que la brisa matinal.
Nunca turbe con enojos
Los tus ojos el amor;
Siempre añada tu alegría
Lozanía á tu esplendor.
Y el que brilla refulgente,
claro oriente de tu edad,
Nube impura no mancille,
Siempre brille tu beldad.
Mas si gala al bosque umbrío
El rocío suele dar,
Porque uumente así tu encanto,
Vierte el llanto de piedad.
Y, venida tú del cielo
Por consuelo al infeliz,
Brillarás modesta y sola
Cual la viola del Abril.

Lóndres, 1832.

Á...

MADRIGAL.

Son tus lábios un rubí
Partido por gala en dos,
Arrancado para tí
De la corona de un Dios.

Á UN RUISEÑOR.

SONETO.

Canta en la noche, canta en la mañana,
Ruiseñor, en el bosque tus amores;
Canta, que llorará cuando tú llores
El alba perlas en la flor temprana.
Teñido el cielo de amaranto y grana,
La brisa de la tarde entre las flores
Suspirará tambien á los rigores
De tu amor triste y tu esperanza vana.

Y en la noche serena, al puro rayo
De la callada luna, tus cantares
Los ecos sonarán del bosque umbrío.
Y vertiendo dulcísimo desmayo,
Cual bálsamo süave en mis pesares,
Endulzará tu acento el lábio mio.

ROMANCE.

Raya la naciente luna
En la cumbre del Oreb,
Y armado un fuerte guerrero
En la campiña se vé.
Al melancólico rayo
Brilla una cruz en su arnés;
Paladin es, que defiende
La santa Jerusalen.
Del Jordan camina al paso,
Siguiendo el curso tal vez,
Ricamente enjaezado
Su gallardo palafren.

Entanto á su encuentro sale
Un árabe en su corcel,
Con lanza corta y alfanje
Y reluciente pavés.
Al trotar crujen sus armas,
Y el paladin, que le ve,
Suelta al caballo la rienda
Y arranca contra el infiel.
Pronto el árabe se apresta,
Ganoso de gloria y prez,
Y, el diestro brazo á la espalda,
Tira gallardo á ofender.
La lanza vuela silbando
Y del cristiano á los piés,
Perdido el tiro, penetra,
La tierra haciendo tremer.
«Ríndete, moro, le grita,
Tu recio furor detén,
Yo soy Ricardo»—«¿Qué importa,
Si yo soy Abenamet?»
Y un bárbaro golpe fiero
Le descarga al responder,
Y su alfange damasquino
El yelmo taja á cercen.
Ya un hacha tremenda agita
Sañudo el monarca inglés,
Que hiende el turbante, y hiende
La cabeza del infiel:

Hacha grave que ninguno,
de cuantos visten arnés,
Ni áun puestas entrambas manos
Pudiera apenas mover.

1835.

(El Artista).

EL TEMPLARIO.

(Fragmento de una leyenda de este título).

Ya tarde en la noche la luna escondia,
Cercana á Occidente, su lívida faz,
Y al Norte, entre nubes, relámpago ardia,
Que el cielo inundaba de lumbre fugaz:
El Tajo sus aguas con ronco bramido
Despeña, y el eco redobla el fragor,
El bosque se mece con ronco ruido,
De negras tormentas fatal precursor,
Al fuego que el ráudo relámpago enciende,
Que el monte y la selva parece abrasar,
Un hombre á caballo la márgen desciende,
Y al trote se sienten sus armas sonar.
Tal vez á su paso con viva vislumbre

La cruz en su escudo radiante brilló,
Mas luego en tinieblas la rápida lumbre
Al hombre y caballo consigo ocultó.
De un monte en la altura, levanta su frente,
Soberbio castillo de ilustre señor,
Brillantes antorchas le adornan luciente,
Y de harpas y fiesta se escucha el rumor:
Abiertas las rejas, las luces se agitan
Y alegre banquete se deja entrever,
Los néctares dulces al júbilo excitan
Y á cien caballeros cantando á beber.
Cual negro fantasma de forma medrosa
Que á tímida vírgen de noche aterró,
Así en la alta cumbre del monte escabrosa,
El hombre á caballo veloz pareció.
Al pié del castillo llegando el guerrero,
Alegre relincha su noble troton:
La rienda recoge, desmonta ligero,
Y pára y escucha sonar la cancion.

. . . . . .

Del harpa sonora los dulces concentos,
Aplauden con bravos y vivas sin fin,
Y en coro resuenan alegres acentos,
En alto las copas á honor del festin:
Mas luego en silencio la mágica lira
Vibrada suave se torna á escuchar,
Y sigue á su acento, que plácido inspira,
La voz regalada de aqueste cantar.

. . . . . .

Entanto el guerrero que el cántico oia,
Con fuerza en las puertas su lanza chocó,
Y allá en las almenas al punto el vigía
«¿Quién llama á estos muros?» audad pregunto.
«Asilo en la noche demanda un guerrero
Que errante camina.» gritó el palidin:
«Abridle,» de adentro sonó un caballero,
«Y encuentre acogida y asiento el festin:»

. . . . . .

Las gruesas cadenas que el puente suspende
Con ronco bramido se sienten crujir,
Y bajan el puente, y algunos descienden
Armados guerreros las puertas á abrir.
Su nombre preguntan; responde el soldado:
«Mi nombre, aunque ilustre, me es fuerza ocultar;
Saber es bastante que soy un cruzado
Que vuelve de tierras de allende del mar.»
Só un manto sencillo de cándido lino,
Do roja aparece la espléndida cruz,
Su rostro y sus armas cubrió el paladino,
Los ojos tan sólo quedando á la luz:
En ellos ostenta con fiera altiveza,
Fijándolos firmes, intrépido ardor;
Mas luego se apaga con fria tristeza,
Ó usado descuido su noble esplendor.
Entanto dos pajes sirviendo de guía
Conducen al huésped adentro el salon,

Y sale á su encuentro con faz de alegría,
Dejando el banquete, gallardo infanzon:
Su mano, por muestra de dar bien venida,
Tendiéndole, dice: «Llegado aquí en paz,
Os de mi castillo sabrosa acogida,
Y halleis con nosotros placer y solaz.»
El huésped, entanto que el noble le hablara
Mantiene los ojos clavados en él,
Así que en su rostro, semblanza encontrara
Que antiguos recuerdos preséntanle fiel.
«¿Sois vos, le pregunta, gentil castelleno,
De aquesta comarca tal vez el señor?
¿Sois vos el que nombran el conde Lozano,
Honor de Castilla, del moro terror?
El noble modesto responde al guerrero:
«Yo soy el que llaman como vos decís,
Empero la fama dá un nombre á mi acero
Más alto que nunca por él merecí.
»Entrad con nosotros, partid el contento,
Ilustre soldado de la alta Sion,
Dirás de tus viajes el plácido cuento,
Y oiremos tus hechos con grata atencion.»
«Mi vida y mis hechos, el huésped responde,
Ansiara yo mismo por siempre olvidar;»
Y dice, y su rostro moreno se esconde
So nube sombría de negro pesar.
Del sol de la Libia quemado el semblante,
Sus ojos un punto centellear se ven,

Mas luego se apaga su brillo al instante
Y al fuego que lanzan sucede el desden.

EL DOS DE MAYO.

¡Oh! ¡Es el pueblo! ¡Es el pueblo! Cual las olas
Del hondo mar alborozado brama;
Las esplendentes glorias españolas,
Su antigua prez, su independencia clama.
Hombres mujeres vuelan al combate,
El volcan de sus iras estalló:
Sin armas van, pero en sus pechos late
Un corazon colérico español.
La frente coronada de laureles,
Con el botin de la vencida Europa,
Con sangre hasta las cinchas los corceles,
En cien campañas veterana tropa,
Los que al rápido Volga ensangrentaron,
Los que humillaron á sus piés naciones,
Y sobre las pirámides pasaron
Al galope veloz de sus bridones;
Á eterna lucha, á sin igual batalla
Madrid provoca en su encendida ira;

Su pueblo inerme allí entre la metralla
Y entre los sables reluchando gira.
Graba en su frente luminosa huella
La lumbre que destella el corazon;
Y á parar con sus pechos se atropella
El rayo del mortífero cañon.
¡Oh, de sangre y valor glorioso dia!
Mis padres cuando niño me contaron
Sus hechos ¡ay! y en la memoria mia,
Santo recuerdo de vitud, quedaron.
Entónces, indignados me decian,
Cayó el cetro español pedazos hecho;
Por precio vil á extraños nos vendian,
Desde el de Cárlos profanado lecho.
La córte del monarca disoluta.
Prosternada á las plantas de un privado,
Sobre el seno de impura prostituta,
Al trono de los reyes ensalzado.
Sobre coronas, tronos y tiaras
Su orgullo solo y su capricho ley;
Hordas de sangre y de conquista avaras,
Cada soldado un absoluto rey;
Fijo en España el ojo centelleante,
El Pirene á salvar pronto el bridon,
Al rey de reyes, al audaz gigante
Ciegos ensalzan, siguen en monton.
Y vosotros ¿qué hicisteis entretanto,
Los de espíritu flaco y alta cuna?

Derramar como hembras débil llanto
Ó adular bajamente á la fortuna.
Buscar tras la extranjera bayoneta
Seguro á vuestras vidas y muralla,
Y siervos viles á la plebe inquieta
Con baja lengua apellidar *canalla*.
¡Canalla! sí, vosotros los traidores,
Los que negais al ensusiasmo ardiente
Su gloria, y nunca visteis los fulgores
Con que ilumina la inspirada frente!
¡Canalla! sí, los que, en la lid, alarde
Hicieron de su infame villanía,
Disfrazando su espíritu cobarde
Con la sana razon segura y fria!
¡Oh! La *canalla,* la *canalla* entanto
Arrojó el grito de venganza y guerra,
Y arrebatada en su entusiasmo santo
Quebrantó las cadenas de la tierra.
Del cetro de sus reyes los pedazos
Del suelo ensangretados recogia,
Y un nuevo trono en sus robustos brazos
Levantando á su príncipe ofrecia.
Brilla el puñal en la irritada mano;
Huye el cobarde y el traidor se esconde;
Truena el cañon y el grito castellano
De *Independencia* y *Libertad* responde.
¡Héroes de Mayo, levantad las frentes!
Sonó la hora y la venganza espera;

Id, y hartad vuestra sed en los torrentes
De sangre de Bailén y Talavera.
Id, saludad los héroes de Gerona,
Alzad con ellos el radiante vuelo,
Y á los de Zaragoza alta corona
Ceñid que aumente el esplendor del cielo.
Mas ¡ay! ¿por qué cuando los ojos brotan
Lágrimas de entusiasmo y alegría,
Y el alma atropellados alborotan
Tantos recuerdos de honra y valentía;
Negra nube en el alma se levanta
Que turba y oscurece los sentidos,
Fiero dolor el corazon quebranta
Y se ahoga la voz entre gemidos?
¡Oh! levantad la frente carcomida,
Mártires de la gloria,
Que aún arde en ella con eterna vida.
La luz de la victoria!
¡Oh! levantadla del eterno sueño,
Y con los huecos de los ojos fijos,
Contemplad una vez con torvo ceño
La vergüenza y baldon de vuestros hijos!
Quizá en vosotros, donde el fuego arde
Del castellano honor, aún sobre vida
Para alentar el corazon cobarde
Y abrasar esta tierra envilecida.
¡Ay! ¿Cuál fué el galardon de vuestro celo,
De tanta sangre y bárbaro quebranto,

De tan heróica lucha y tanto anhelo,
Tanta virtud y sacrificio tanto?
El trono que erigió vuestra bravura
Sobre huesos de héroes levantado,
Un rey ingrato de memoria impura
Con eterno baldon dejó manchado.
¡Ay! Para hollar la libertad sagrada
El príncipe, borron de nuestra historia,
Llamó en su auxilio la francesa espada
Que segase el laurel de vuestra gloria.
Y vuestros hijos de la muerte huyeron
Y esa sagrada tumba abandonaron,
Hollarla ¡oh Dios! á los franceses vieron
Y hollarla á los franceses les dejaron.
Como la mar tempestuosa ruge,
La losa al choque de los cráneos duros,
Tronó y se alzó con indignado empuje
Del galo audaz bajo los piés impuros.
Y aún hoy hélos allí, que su semblante
Con hipócrita máscara cubrieron,
Y á Luis Felipe, en muestra suplicante,
Ambos brazos imbéciles tendieron.
La vil palabra ¡intervencion! gritaron,
Y del rey mercader la reclamaban;
De vuestros timbres sin honor mofaron,
Mientras en su impudor se encenagaban.
Hoy esa raza degradada, espuria,
Pobre nacion, que esclavizarte anhela,

Busca tambien por renovar tu injuria
De extranjeros monarcas la tutela.
  Tumba vosotros sois de nuestra gloria,
De la antigua hidalguía,
Del castellano honor, que en la memoria
Sólo nos queda hoy dia.
  Verted juntando las dolientes manos
Lágrimas ¡ay! que escalden la mejilla;
Mares de eterno llanto, castellanos,
No bastan á borrar vuestra mancilla.
  Llorad como mujeres; vuestra lengua
No osa lanzar el grito de venganza;
Apáticos vivís en tanta mengua,
Y os cansa el brazo el peso de la lanza.
  ¡Oh! en el dolor eterno que me inspira
El pueblo en torno avergonzado calle,
Y estallando las cuerdas de mi lira
Roto tambien mi corazon estalle.

1840.

Á CAROLINA CORONADO

DESPUES DE LEIDA SU COMPOSICION «Á LA PALMA.»

Dicen que tienes trece primaveras
Y eres portento de hermosura ya,
Y que en tus grandes ojos reverberas
La lumbre de los astros inmortal.
Juro á tus plantas que insensato he sido
De placer en placer corriendo en pos,
Cuando en el mismo valle hemos nacido,
Niña gentil, para adorarnos, dos.
Torrentes brota de armonía el alma;
Huyamos á los bosques á cantar;
Dénos la sombra tu inocente *palma*,
Y reposo tu vírgen *soledad* (1).
Mas ¡ay! ¡perdona! virginal capullo,
Cierra tu cáliz á mi loco amor;
Que nacimos de un aura al mismo arrullo,
Para ser, yo el insecto, tú la flor.

(1) Otra poesía de la señorita Coronado.

LA VUELTA DEL CRUZADO.

El que ansioso de alta gloria,
Jóven dejó sus hogares
Y, lanzándose á los mares,
Voló á buscar la victoria:
Vencedor del turco fiero
Vuelve el valiente cruzado,
Del sol el rostro tostado
Y tinto en sangre el acero.
Allí, su lanza en la lid
Dió á su renombre esplendor,
Y le cantó el trovador
Como á impávido adalid:
Ora vuelve, en su semblante
Con cicatrices de heridas
En honra y pró recibidas
De la que adora constante.
Tal vez al verle á su reja
Le desconozca la hermosa
Que sensible y cuidadosa
Oyó otro tiempo su queja:
Mas si no vuelve de Oriente,
Cual ántes jóven hermoso,

Vuelve intrépido y brioso
Y ornada en lauros la frente.
  Y las lunas abatidas
De los árabes altivos,
Cien caballos, cien cautivos,
Cien cimitarras vencidas.
  El soldado de Sion
Rendirá ante su hermosura,
Y con humilde ternura
Su constante corazon.
  Que por la cruz y en su honor
Ha alcanzado la victoria;
Y su nombre y su memoria
Realzó en la lid su valor.
  Y buscando donde ir
Á hacer su nombre famoso,
Vuelve á sus piés venturoso
Sus laureles á rendir.

SERENATA

  Despierta hermosa señora,
Señora del alma mia:

Den luz á la noche umbría
Tus ojos que soles son.
Despierta, y si acaso sientes
Tu corazon conmovido,
Es que responde al latido
De mi amante corazon.
Oye mi voz.
La flor más pura y galana
Que el Abril fecundo adora,
Al despuntar de la aurora
Perfuma el primer albor:
Pero es mil veces más puro
De tu boca el blando aliento
Si perfuma en torno el viento
Tierno suspiro de amor.
Oye mi voz.
Adios, mis dulces amores,
Que envidiosa el alba fria
Ya raya en Oriente el dia
Por tubar nuestro placer:
Adios, señora; mi alma
Dejo, al partirme, contigo:
Amante triste, maldigo,
Aurora, tu rosicler.
Guárdame fé.

CANCION BÁQUICA

¡Oh! ¡caiga el que caiga! ¡más vino! ¡brindemos!
A aquel que más beba loores sin fin:
Con pámpanos ricos su frente adornemos,
Aplausos cantemos al rey del festin.

Alegres los ojos,
Borracho el semblante,
La copa espumante
En alto á brindar:
Rebosen los lábios
En risas y vino,
Y al néctar divino
Dé fuerza el azahar.

Coro.—¡*Oh*! ¡*caiga el que caiga*! *etc.*

Volcanes requeman
Mi frente encendida,
Más alma, más vida
Crecer siento en mí:
Torrentes de vino
Las mesas esmalten,

En mil piezas salten
Cien copas y mil.

CORO.—¡*Oh*! ¡*caiga el que caiga*! *etc.*

Fosfórico el globo
En torno á mí gira,
Su asiento retira
La tierra á mis piés:
Y al aire en confuso
Rumor me levantan
Furiosos que cantan
Al Chipre y Jeréz.

CORO.—¡*Oh*! ¡*caiga el que caiga*! *etc.*

FRAGMENTO (1).

Y á la luz del crepúsculo serena,
Solos vagar por la desierta playa,

(1) Tomamos estas bellas octavas y las tres composiciones precedentes, publicadas con el pseudónimo de *Luis Senra y Palomares*, de un tomo manuscrito de poesías que tuvo la curiosidad de ir formando, para salvarlas del olvido, el erudito literato y bibliófico salmantino D. José Bonilla y Ruiz, ya difunto.

Cuando allá, mar adentro, en su faena
Cantos de amor el marinero ensaya,
Y besa blandamente el mar la arena,
La luna en calma al horizonte raya,
Y la brisa, que tímida suspira,
Dulces aromas y frescor respira.
  Y húmedos ver sus ojos de ternura,
Que abren al alma enamorada un cielo,
Extáticos de amor y de dulzura
Con blando, vago y doloroso anhelo;
Mágia el amor prestando á su hermosura,
Y el pensamiento deteniendo el vuelo
Allí donde encontró la fantasía
Ciertas las dichas que soñó algun dia.
  Y respirar su perfumado aliento,
Y al rumor palpitar de sus vestidos,
Penetrar su amoroso pensamiento
Y contar de su pecho los latidos,
Exhalar de infinito sentimiento
Tiernos suspiros, lánguidos gemidos,
Mientra á libar sus néctares provoca
Blanda sonrisa en la entreabierta boca.

A LA TRASLACION

DE

LAS CENIZAS DE NAPOLEON

Miseria y avidez, dinero y prosa,
En vil mercado convertido el mundo,
Los arranques del alma generosa
Poniendo á precio inmundo;
Cuando tu suerte y esplendor preside
Un mercader que con su vara mide
El génio y la virtud, mísera Europa,
Y entre el lienzo vulgar que bordó de oro,
Muerto tu antiguo lustre y tu decoro,
Como á un cadáver fétido te arropa;
Cuando á los ojos blanqueada tumba,
Centro es tu corazon de podredumbre,
Cuando la voz en tí ya no retumba,
Vieja Europa, del héroe ni el profeta,
Ni en tí refleja su encantada lumbre
El audad entusiasmo del poeta;
Yerta tu alma y sordos tus oidos,
Con prosáico afanar en tu miseria,
Arrastrando en el lodo tu materia,
Sólo abiertos al lucro tus sentidos:

¿Quién te despertará? ¿Quién nuevo acento,
Cual la trompeta del extremo dia,
Dará á tu inerte cuerpo movimiento,
Y entusiasmo á tu alma y lozanía?
¡Ah! solitario entre cenizas frias,
Mudas ruinas, aras profanadas
Y antiguos derruidos monumentos,
Me sentaré, segundo Jeremías,
Mis mejillas con lágrimas bañadas,
Y romperé en estériles lamentos!!!
No, que la inútil soledad dejando,
La ciudad populosa
Con férrea voz recorreré cantando
Y agitará la gente temerosa,
Como el bramido de huracan los mares,
El son de mis fatídicos cantares.
No; yo alzaré la voz de los profetas,
Tras mí la alborotada muchedumbre,
Sonarán en mi acento las trompetas,
Que derriben la inmensa pesadumbre
Del régio torreon que al vicio esconde,
Y el mundo me oirá donde
El precio vil de infame mercancía,
Del agiotista en la podrida boca,
Avaricioso oía:
¿Qué importa si provoca
Mi voz la befa de las almas viles?
¿Morir qué importa en tan gloriosa lucha?

¿Qué importa, envidia, que tu diente afiles?
Yo cantaré, la humanidad me escucha.
  Yo volaré donde la tumba oculta
La antigua gloria y esplendor del mundo,
Yo con mi mano arrancaré la losa,
Removeré la tierra que sepulta,
Semilla de virtud, polvo fecundo,
La ceniza de un héroe generosa:
Y en medio el mundo, en la anchurosa plaza
De la gran capital, ante los ojos
De su dormida degradada raza
Arrojando sus pálidos despojos:
«!Oh! avergonzaos! gritaré á la gente;
¡Oh! de los hombres despreciable escoria,
Venid, doblad la envilecida frente;
Un cadáver no más es vuestra gloria!»

. . . . . .

. . . . . .

EL ÁNGEL Y EL POETA [1].

ÁNGEL.

¿Osas trepar, poeta, á la montaña
De oro del zenit?

POETA.

¡Quien quier que seas,
Ángel sublime, del empíreo cielo
Radiante aparicion, ó del profundo
Príncipe condenado á eterno duelo
Y á llanto eterno; dáme que del mundo
Rompa mi alma la prision sombría,
Mis piés desprende de su lodo inmundo,
Y en alas de Aquilon álzame y guía!

ÁNGEL.

¡Oh, hijo de Cain! sobre tu frente
Tu orgullo irreverente

(1) Esta composicion que, como la anterior, salió á luz en *El Iris* en 1841, estaba destinada á formar parte de *El Diablo Mundo.*

Grabado está, y tu loco desatino:
De tus negros informes pensamientos
Las nubes, que en oscuro remolino
Sobre ella apiñan encontrados vientos,
Y el raudo surco de amarilla lumbre,
Que en pálida vislumbre,
Ráfaga incierta de la luz divina,
Sus sombras ilumina,
Muéstranme en tí al poeta,
El alma en guerra con su cuerpo inquieta,
Muéstranme en tí la descendencia en fin
Rebelde y generosa de Cain!
¡Tú, más alto, poeta, que los reyes,
Tú cuyas santas leyes
Son las de tu conciencia y sentimiento;
Que á penetrar el pensamiento arcano
Osas alzar tu noble pensamiento,
Del mismo Dios en tu delirio insano!
¡Y sientes en tu espíritu la grave,
Maravillosa música süave,
Y del mundo sonoro la armonía!
¡Qué indeficiente y fria
Sientes vil la palabra á tu deseo,
Y en vértigo perpétuo y devaneo,
Y en insomnio te agitas
Y en pos de tu ansiedad te precipitas!
¡Que ora tras la esperanza,
Que acaso finges, tu ilusion se lanza,

Ora piedad imploras
Y con la hiel de los recuerdos lloras,
Ora desesperado desafías
Rebelde á Dios y en tu rencor porfías!!!
Álzate en fin y rompe tu cadena,
Y el alma noble y de despecho llena
Á las legiones célicas levanta,
Y rueden en monton bajo tu planta
Los cetros, las tiaras, las coronas,
La hermosura y el oro, el barro inmundo,
Cuanto es escoria y resplandor del mundo,
Y en tu mente magnífica eslabonas!

POETA.

¡Sí, levántame, sí; sobre las alas
Cabalgue yo del huracan sombrío,
Cruce mi mente las etéreas salas,
Llene mi alma el seno del vacío!
Sobre mi frente el rayo se desprenda,
Mi frente en Dios, mi planta en el profundo,
Y al contemplar al Hacedor del mundo
Mi espíritu en su espíritu se encienda!
¡Oh, Ángel! yo he vivido
En la inmensa baraja confundido
De los hombres; y títulos y honores
Mi orgullo desdeñó: sobre mi frente
Reflejaba tal vez ricos colores

La luz de la esplendente poesía,
Y esta marca divina que llevaba
De los hombres tal vez me distinguia
Y sobre ellos tal vez me levantaba!
Un vago indefinible sentimiento,
Como el sútil aliento
Del áura leve del Abril florido,
En mi espíritu insomne se agitaba,
Y en doliente gemido
Sólo del triste corazon sentido,
Pasando por mi alma suspiraba!
Ni palabra, ni grito, ni lamento
Hallé á expresar bastante
Esta secreta voz del pensamiento,
Este vertiginoso é incesante
Movimiento del ánimo y trastorno!
Yo apostrofaba al mundo en su carrera,
Giraba el mundo indiferente en torno,
Y en vano y débil mi lamento era!
¡Oh! ¡mi triste lamento
Era un leve sonido en la armonía
Del eterno tormento
Del mundo y su agonía!
Cada grano de arena, cada planta,
El vil insecto, la indomable fiera
Que con rugidos el desierto espanta,
El águila altanera,
Que el sol á mirar sube

¡Sobre el vellon de la remota nube,
Oí lanzaban la doliente queja
De su eterno dolor y su amargura!
¡Marañada madeja
Este mundo, de duelo y desventura!...
¡Las aguas de las fuentes suspiraban,
Las copas de los árboles gemían,
Las olas de la mar se querellaban,
Los aquilones de dolor rugian!...

Á UNA CIEGA [1].

Sobre inmensa montaña de vapores
Hay, hermosa, un gigante bienhechor,
Que rige mundos y que inspira amores,
Y pisa estrellas, de la luz señor.
Cíñele un cielo la encendida frente,
Nubes le dan espléndido festin,
Y en él, dormido entre fulgor candente,
Gózase Dios.....

(1) Esta composicion improvisada vió la luz pública, en concepto de inédita, en *La Ilustracion* el año de 1853.

Campos colora al derramarse en oro,
Oro del manto del excelso Dios,
Ó al inundar de aljofarado lloro
Mar por la tierra dividido en dos.
¡El mar! ¡El mar! tendido sobre el mundo
Cual faja movediza de cristal,
Sube á los cielos, lánzase al profundo,
Ó manso brilla como azul cendal.
Se aira al verse de color sangriento
Teñido el manto por el sol cruel;
Llega la noche, sórbelo sediento,
Véngase así del enemigo aquel.
Y cuando silba el aquilon bravío,
Tirando el guante de discordia atroz,
Muje rabioso, acepta el desafío,
Llama á sus ondas, álzase feroz.
El espacio es palenque, ellos guerreros,
El orbe concurrencia, Dios el juez;
Suena el clarin, empuñan los aceros,
Y avánzanse á alcanzar victoria y prez.

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

No llores, no, hermosa mia,
Porque no ves ora el dia,
Ni con sus olas de plata
El mar que el cielo retrata:

No llores, no, mujer, ángel del cielo,
Mientras pueda mi lira hacerse oir,
Porque cubra á tus ojos denso velo
De negras sombras su oriental zafir.
Yo sobre el mundo, sobre el mar y el viento,
Sobre los cielos y la tierra estoy,
Mundos y cielos sin cesar invento,
Porque hácia el mundo de los vates voy.
¿Quieres ver, al fulgor de ardiente rayo,
Lucir el sol, dormir la tempestad,
Zumbar el trueno y florecer á Mayo,
Todo á un tiempo radiante de verdad?
¿Ó quieres ver en el dormido espacio,
Sólo, deidad, para servirte á tí,
De cristal y de mármol un palacio
Coronado de záfiros por mí?
¡Todo á tus piés! y entanto ¿qué te importan
Esos séres que vagan en monton,
Y entre el placer y entre el festin acortan
Su torpe vida en torpe confusion?
Hermosa ciega, con tu fiel poeta
Ven en valle magnífico á habitar;
Valle que el gozo y el dolor respeta,
¡Donde puedes reir!... ¡puedes llorar!...
Yo te diré cuándo al nacer la aurora
Derrama por el campo su fulgor;
Yo te diré cuándo la noche llora
Lágrimas de tinieblas y de horror.

Mas descúbrese el velo de escarlata
Que á tus ojos de amor tirano fué:
¿Lloras? ¿Lloras? El gozo te arrebata:
¡Gracias! ¡gracias, gran Dios! ¡mi amada vé!
¿Me dices que estoy pálido? No, hermosa,
No te contriste mi amarilla faz;
Tus ojos, tú, la teñireis de rosa,
Color de vida, de placer y paz.
Llamas bello al jardin: está bien, vélo;
Bello será, pero se olvida al fin,
Si no está allí con tu hermosura el cielo,
Si tú no estás ¡oh, flor! en el jardin.

LAS QUEJAS DE SU AMOR (1).

Bellísima parece
Al vástago prendida,
Gallarda y encendida
De Abril la linda flor;

(1) *La América* publicó como inédita esta breve composicion en su número de 12 de Mayo de 1866.

Empero muy más bella
La vírgen ruborosa
Se muestra, al dar llorosa
Las quejas de su amor.
  Süave es el acento
De dulce amante lira,
Si al blando son suspira
De noche el trovador;
Pero aún es más süave
La voz de la hermosura
Si dice con ternura
Las quejas de su amor.
  Grato es en noche umbría
Al triste caminante
Del alba radïante
Mirar el resplandor;
Empero es aún más grato
Al alma enamorada
Oir de su adorada
Las quejas de su amor.

LA MAGA Y SU HIJO [1].

MAGA (*Canta*).

¡Oh! ¡Salve oscuro génio
Del hórrido huracan!
Ceñudo tú te sientas
Allá en la tempestad.
Tu augusto trono velan
La noche y el horror,

(1) Bajo este título reproducimos el cuadro primero del acto quinto de la *Blanca de Borbon*, tomándolo del extracto que de esa tragedia publicó el Excmo. Sr. D. Patricio de la Escosura, por vía de apéndice, al magnífico discurso acerca de *Tres poetas contemporáneos* (Pardo, Vega y Expronceda), leido por él ante la Real Academia Española, en la sesion pública inaugural de 1870. «El teatro, en dicho cuadro, representa el campo, á la derecha está el castillo, prision de Blanca, con rejas de hierro salientes; á la izquierda se eleva una montaña escabrosa, toda coronada de rocas, entre las cuales, á cierta altura, se vé la boca de una caverna. De la cima de esta montaña, así como alrededor y al lado del castillo, siguen *(sic)* dos bosques, dejando un claro, por donde se descubre el Guadalquivir. El fondo del teatro es la otra orilla del rio.—Una tempestad.—Es de noche.—Abenfarrax sentado en una roca.—La Maga con una antorcha en la mano.»

Tu voz, en silbo y trueno
Retumba en derredor.
Las ígneas alas tiendes
Por cima al Aquilon;
Y, en torno, el aire ciñe
Relámpago veloz.
¡Salud, salud mil veces,
Espíritu infernal!
Desciende á mí en las alas
Del hórrico huracan.

(*Representa.*)

¡Hoy festeja el Averno; hoy, hijo mio,
La luz del rayo su festin alumbra;
Y en la noche, los lívidos espectros
Al trueno aterrador sus gritos juntan!
¡Noche de muerte!—¡Regocija el pecho,
Hijo de Satanás!—¡Sí, ya vislumbra,
A la luz del relámpago, tu daga,
Teñida en sangre la aguzada punta!
¡Noche de muerte es! ¡Vuela, hijo mio;
Con sangre ya mi paladar endulza!

ABENFARRAX.

¡Dame, oh, madre, el puñal! ¿Llegó la hora?

MAGA.

¡Pronto va á sonar ya! La noche oscura
Sirve á encumbrir tus silenciosos pasos;
El génio del Averno te conduzca;
¡Yo te doy mi puñal; marcha al castillo!

ABENFARRAX.

¡Yo juro allí satisfacer tu furia! (Váse de modo que se le vea abrir la puerta del catillo y entrar en él.)

MAGA (*Cantando*).

En medio á la tormenta
La hora sonará;
¡La muerte acechadora
Su presa aguarda ya!
¡Génios del Tártaro,
¡Venid á mí!
¡Venid, mi júbilo
Á compartir! (Arrójase en la caverna.)

FRAGMENTOS

DEL CANTO VII DE *El Diablo Mundo* (1).

. . . . . .

«¡Ven más cerca de mí, más cerca... ahora!
¡Tú eres, oh, jóven, mi mayor consuelo!
¡Triste del alma cuando sola llora!
¡Tú aún no has probado tan amargo duelo!
!Ojalá que con mano veladora
Tus pasos guie providente el cielo,
Y nunca aislado en tu dolor profundo
Solo te mires en mitad del mundo!

»¡Solo!... ¡Si tú supieras que amargura
Esta palabra encierra, llorarias!...
¡Mi abandono, mi mal, mi desventura

(1) Dió á luz el primero de estos trozos el Sr. D. Miguel de los Santos Alvarez en su notable continuacion del poema de Espronceda; debemos el segundo á la bondad del Sr. de Cueto, quien lo hubo del Sr. D. José de Zaragoza, en cuyo poder obraba el original autógrafo, escrito por el célebre poeta pocos dias antes de su fallecimiento. No es fácil adivinar el órden en que los habria colocado Espronceda.

Y mi inmenso dolor comprenderias!...
¡Á esa gente que en torno se apresura
Qué le importan jamás las penas mias!...
¡Solo está el corazon, blasfeme ó llore,
Maldiga á Dios, ó su piedad implore!

»¡Y yo más sola!... Que el que á mí me vea,
Á mí, maldita, á mí, cieno del mundo,
Segura estoy de que en mi pena crea,
Ni compadezca mi dolor profundo!
No me verá ninguno, sin que sea
Para tratar como á animal inmundo
Á esta pobre mujer, que esconde herida
Un alma solitaria y dolorida!

»¡Dame tu mano, déjame, hijo mio,
Que la bañe en mi llanto y que te mire,
Y te llame mi hijo, y que en mi impío
Tormento contemplándote respire!...
¡Tú eres bueno, tú lloras, y desvío
¡Ah! no me muestras; deja que delire
Y me llame tu madre; y no te infame
Que una mujer tan vil su hijo te llame!

»¿Quién eres tú, que á descifrar no acierto,
Jóven, de tus palabras el sentido?
¿Cómo presumes tú dar vida á un muerto,
Ni hablar con Dios, si el juicio no has perdido?...

Si en medio á tu lenguaje y desconcierto
No respirara un corazon herido,
Creyera acaso que con burla impía
Viniste aquí á mofar de mi agonía!...

»¡Ah! ¡que estoy ya tan avezada á eso!...
¡Á causar risa con mi amargo llanto!...
¡Á llevar sola y de contínuo el peso
De mi arrastrada vida y mi quebranto!...
¡Á ser juguete vil del que en su exceso
Desprecia y escarnece dolor tanto!...
¡Que si tu voz de mí tambien mofara,
Ni me doliera más ni me extrañara!

»¡Ni qué burla tampoco ya podria
Herir mi alma de amarguras llena!...
¡Ahora que agota en mí la suerte impía
Su rabia y la esperanza me envenena!...
Ahora que te perdí ¡dulce hija mia!
Habrá pena tal vez que sea pena,
Ni otro mayor pesar, ni otro quebranto
Para tu madre, que te amaba tanto!!!...

»¡Oh, no! ¡ninguno!... que ningun tormento
Cabe en mi pecho ya, ni nunca impío
Sentimiento igualó á mi sentimiento,
Ni otro ningun dolor al dolor mio!...
¡Mas tú lloras oyendo mi lamento,

Lloras mirando su cadáver frio!...
¡Dios te bendiga, oh, jóven, que la queja
Oyes piadoso, de esta pobre vieja!...

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

»Ella otro tiempo, cuando Dios queria,
Con dulce voz su madre me llamaba,
Y mi pecho, llamándola *¡hija mia!*
De cualquiera pesar se desahogaba.
Abrazándome ayer ¡ah! todavía
Moribunda, su madre me llamaba:
¡Ayer! ¡Ayer aún! ¡Mísera! ¡Hoy
Madre tan sólo de un cadáver soy!

»Díme ¿comprendes todo mi quebranto,
Mi desesperacion, toda mi pena?
¡Verla morir yo que la amaba tanto
Sin poderla valer, de angustias llena!
Mis ojos, escaldados con el llanto,
Al cielo levantando, y con faena
Mortal ansiando á su respiro frio
Prestar calor con el aliento mio!

»Era mi corazon que se rompia,
Era mi vida la que en mi locura

Con mis esfuerzos detener queria,
Y era mi alma y toda mi ventura,
La hija de mis entrañas, mi alegría,
Mi única esperanza y la flor pura,
Único mimo de mi pobre huerto,
Ahora sin ella lúgubre y desierto.»

Tal hablaba la vieja, y entre tanto
Callando Adan confuso la miraba,
Dejándose abrazar y en tierno llanto
Sus manos inundar que ella besaba:
Y tregua dando á su mortal quebranto
El llanto que la triste derramaba,
Antes que Adan interrumpirla intente,
Á proseguir volvió con voz doliente:

«Sólo una madre ¡oh, jóven! sólo sabe
Cuánto á un hijo se ama; sólo ella
Cuánto es al corazon su amor süave
Saber puede y sentir. La lumbre bella
De los cielos es sombra, y triste el ave
Que canta al sol cuando su luz destella,
Si las comparo á la delicia pura
Que inspira una inocente criatura.

»Verla dormida en el regazo blando
Con un ceño pueril cómo reposa,
Sus entreabiertos lábios respirando

El olor de azucena y de la rosa;
Y verla sonreirse despertando
Al beso de la madre cariñosa,
Que inquieta vela siempre, y siempre cuida
La vida en ella de su propia vida.
»¡Oh! ¡no hay placer igual!.....
.....»

IMPROVISACION [1].

Cuando á las puertas de la tumba helada
El hombre lucha con la parca insana,
Viendo vagar el alma entre la nada
Y sintiendo morir tal vez mañana;
El hombre entónces desespera entanto,
De dolor ¡ay! vertiendo acerbo llanto.
.....
.....
—¡Qué pena y qué agonía
El corazon y el pecho me devora!

(1) Véase el *Apéndice.*

Cómo siento vacila el alma mia
En la terrible y postrimera hora!

. . . . . .

. . . . . .

Y es tan triste morir cuando aún la vida
Nos brinda con sus galas y sus flores,
Cuando dejamos la mujer querida,
Venturosa cantando sus amores,
Que el corazon transido
Hasta su mismo Dios le dá al olvido.
¡Dichoso una y mil veces el que muere
En dichas y placeres embriagado,
El que vé en sueños la mujer que adora,
En torno de su pecho enamorado:
Porque su alma gozosa, en dicha tanta,
Ante el trono de Dios sonríe y canta!

. . . . . .

. . . . . .

Yo, queriendo buscar aún anhelante
Al ángel celestial que imaginara,
Corrí el mundo cual águila rapante
Sin encontrar á la mujer que amara;
Y vagué por desiertos, en los cuales
Hasta las mismas flores vierten llanto,
Y crucé por inmensos arenales
Sin encontrar á la que adoro tanto.

. . . . . .

. . . . . .

Y rendido de pena y moribundo,
Y áun pensando encontrarla todavía,
Corrí fogoso en el inmenso mundo,
Cual halcon que los aires desafía,
Sin que una buena estrella me guiara
Al camino que anduvo la que amara
. . . . . .
. . . . . .

Á GUARDIA

—

SONETO.

Astro de libertad brilla en el cielo
Y aumenta el lustre á la española gloria,
Tú, que de esta morada transitoria
Á morada mejor alzaste el vuelo,
Los ojos vuelve á nuestro amargo duelo,
Tributo merecido á tu memoria,
Tú, cuyo nombre vivirá en la historia,
Timbre y honor del madrileño suelo.
Descansa ¡oh, Guardia! en paz; la tiranía
Cayó vencida en la inmortal refriega,
É imitar tu valor ansiamos fieles;
Descansa, y tiemble la caterva impía,
Que en los sagrados túmulos que riega
El llanto popular, crecen laureles.

DE GIBRALTAR Á LISBOA

VIAJE HISTÓRICO

Ibamos en una balandra sarda, cargada excesivamente de trigo y sumergida en el mar hasta los entrepuentes. Dos marineros, un chico y el capitan componian toda su tripulacion; pero en cambio, encajados y embutidos como guantes en nuez, tropezábamos unos con otros hasta veintinueve pasejeros, entre ellos veintiun catalanes de lo más rústico y montaraz del Principado, tres mujeres, un comisario de guerra atrabiliario y colérico como puerco-espin y más puntiagudo que una aguja inglesa. Componíamos el resto dos

pasajeros tímidos y de humor pacífico y tranquilo, que no podian haber elegido peor compañía para su génio: un hombre de pocas penas y aventurero atrevido, y yo, que, llevado de mis instintos de ver mundo, habia dejado mi casa sin dar cuenta á nadie, y contaba apenas 17 años. Una de aquellas mujeres no he podido averiguar nunca de qué país era, sólo sí que juraba y maldecia con uncion satánica y maestría inimitable en todas las lenguas del mundo. Era una torre de Babel cuando se entretenia en blasfemar, que fué toda la navegacion hasta que murió: llevaba en esto ventaja á los catalanes. Venía enferma y semejaba al espíritu maligno. Era su marido uno que habia hecho la campaña de Rusia con Napoleon, y parecia hombre cachazudo y de empeño. Pocos hombres ha criado Dios de ménos entendimiento. Sin duda en sus viajes encontró en ella la mujer de sus ilusiones, y contrajo aquel enlace para sosegar su corazon enamorado. La verdad es que habia encontrado su media nuez, como suele decirse. Las otras dos mujeres, si pertenecian al bello sexo, más era por el sexo que por lo bello.

No he sabido nunca quién ajustó el pasaje,

ni cómo nos encontramos reunidos en tan corto espacio de tablas tantos hermanos y tan benditos de Dios. Dijerónme que uno se habia encargado de todo, con la bondad de un padre; que Dios le dé á él tan buenos hijos, como allí íbamos, en pago de su buen deseo, Asímismo, aquel hombre bondadoso se habia encagado de la provision de víveres para nuestro sustento durante la travesía, porque el patron sólo se encargó de trasportarnos como á maletas. Nada hay más santo que la pobreza, y no creo que los lectores no hayan adivinado ya que los que allí íbamos no teníamos mucho dinero. Yó creo que era el más rico, y bien sabe Dios que no me sobraba nada. Pero siempre me he picado de teson; habia emprendido la carrera de emigrado y viajero sin consultar á nadie, y las ilusiones suplian por las cantidades. ¡Loado sea Dios que con tantas ilusiones me echó al mundo!

El hombre es animal social, y nada hay más grato ni más gustoso que una sociedad escogida. De esto sí que no podíamos quejarnos; buscados uno á uno los que allí íbamos con una cerillita, no se podia haber puesto sociedad más amable. Verdad es que casi ningu-

no nos conocíamos antes; pero ¿qué importa eso para amarse cuando hay simpatías? Lo mismo fué vernos allí, puesto ya el buque en franquía, empujándonos (tan anchamente íbamos) sobre cubierta, cuando se apoderó de todos nosotros la más encantadora desesperacion, y desplegamos el génio más indulgente y suave que puede imaginarse el de más imaginacion. No parecia sino que el mismo demonio nos habia engendrado en uno de sus infernales arrebatos. Mirábamonos todos como si nos fuéramos á devorar, y hasta los viajeros pacíficos parece que les picaban con alfileres de á ochavo. El primero que armó pendencia fué el colérico comisario, sobre si habia lugar ó no bastante para estar de pié, y habiéndole contestado uno de los catalanes que podia haber tomado un navío de tres puentes para él solo, fué tanta la cólera que le dió, que tiró sin más ni más de un espadin de ceremonia, que por decoro ceñía, y se arrojó sobre él á atravesarle de parte á parte. Desenvainó el otro una navaja de á cuarta; alborotámonos todos, izó el patron la bandera de socorro, pidiendo favor á los buques que habia en el puerto, sujetamos como pudimos al catalan y co-

misario, que ni áun reñir podian por falta de espacio, y ésta fué la primera jarana apenas habíamos puesto el pié en el buque. Yo, como tenía pocos años y ninguna experiencia, no cesaba de bendecir á Dios que en tan buen camino de aprender me habia puesto. Seguimos con el mismo amor, y aquella noche la pasamos como pudimos unos sobre otros, hasta el dia siguiente, que la balandra se dió á la vela. Allí fué ella; todos nos mareamos, y como habia tantas comodidades, era aquello una delicia. Los catalanes culpaban al patron que hacía rumbo á España para que nos fusilara Fernando VII, y querian matarle; el comisario no podia sufrir que en lo más mínimo se le faltase al decoro, y mascaba cóleras y reñia á cada paso. Pero lo bueno fué cuando llegó la hora de comer.

Consistian las provisiones que aquel hombre providencial habia comprado para la travesía, en un bacalao, que como suela de zapato se resistia al diente, y sabroso como una salmuera, en unos sacos de guindillas para avivar el apetito, que parecian carbones hechos áscuas en el calor y sabor, y en unas largas ristras de ajos, que así alegraban la vista

como contentaban el ánimo, por si faltaban estimulantes que añadir al arroz, que, mezclado y compuesto con todo lo dicho, componia un rancho capaz de irritar y convertir en condenado al santo más santo y honrado de la córte celestial. Figúrese el lector, comida semejante cómo pondria á unos hombres que, al entrar en aquel malhadado barco, habian quedado sólo con el bastante amor para no despedazarse á uñaradas unos á otros. Sobre todo, consideren la ira que se apoderaria del comisionario, que, áun antes de probar bocado, no podia aguantarse á sí mismo. Dividímonos todos en diferentes rancherías, y con cucharas de palo, dimos principio, puestos en torno de las cazuelas, á abrasarnos vivos. A cada bocado, era de ver el prodigioso trastorno que se operaba en las fisonomías. Las mejillas se ponian rubicundas, los ojos se encandilaban y enfurecian, los lábios se hinchaban y encendian, sudábamos copiosísimamente y abríamos carleando las bocas, buscando aire que refrescase el paladar. Pues interiormente... cada uno de nosotros llevaba un volcan en el estómago: comer lava del Vesubio hubiera sido más fresco. Los nervios, rígidos y

tirantes, crujain como cuerdas de guitarra; tal nos apretaba todas las clavijas de nuestra máquina la untura de picante y salmuera con que nos regalábamos. Llegó la hora de beber, y si sana y suave era la comida, la bebida no le iba en zaga. Destapáronse unos frascos de Ginebra, la más torcida, áspera y endiablada que habia podido hallar nuestro bendito y natural abastecedor; Dios no le dé á él jamás otra bebida. Yo estaba aguardando á ver cuándo empezábamos á arrojar llamas, y más de una vez temí la combustion expontánea. En esto, uno de los catalanes dijo que no habia comido ni bebido mejor en toda su vida. Respondió el comisario con la lengua trabada, jadeando de dolor, la boca hecha áscua y los ojos fuera ya de su órbita, que era menester ser un bestia para decir aquello. Contestóle el otro diciendo que le parecia muy delicadito. Repuso el comisario, y todo esto con mucha furia, que no era nadie capaz de resistir más que él, y que en caso necesario comeria pedernales. Respondió el catalán, mezclándonos todos en la conversacion, y concluimos por tirarnos las cazuelas y aborrecernos más, si era posible. Yo me fuí luego á una cuba de agua y me

harté, y ni aún así podia respirar sin quemarme las encías. La mujer cosmopolita, dulce mitad del veterano de Rusia, estaba ya enferma del vientre; la comida le produjo una inflamacion horrible. Dijeron todos que aquello no sería nada. A mi compañero se le ocurrió que algunas cataplasmas de harina de linaza la convendrian; pero como no se las aplicase de ajos molidos y guindillas picadas, no habia otra cosa en el barco de que componerlas. Bajáronla al camarote, donde se tendió sobre unos baules; la infeliz juraba que no parecia sino que se las queria apostar con Satanás en persona. Yo, que tenía entónces muchas más ilusiones por las mujeres que tengo ahora, me convencí con aquello de que el amor y la ternura son dotes naturales del bello sexo. Así pasamos aquel dia y el estrecho de Gibraltar. Al anochecer, vuelta al rancho y vuelta á convertirnos en trágicos; teníamos hambre y temíamos la hora de comer. No sabíamos cómo hacer para distraernos. Al dia siguiente, vientos contrarios y caminábamos bordeando. Pero al tercero fué lo bueno.

Habia entrado la noche dos horas antes lo ménos de lo que debiera; tan cubierto y asom-

brado de nubes estaba el cielo, y no se veian los dedos de la mano. Las olas del mar rugian calenturientas como si hubieran probado de lo que comíamos. De cuando en cuando nos deslumbraba un relámpago semejante á los ojos de Lucifer, que se asomaba á las nubes. El barco iba tan cargado, que casi navegaba debajo del agua. El patron parecia cuidadoso, y yo casi deseaba que nos anegásemos para no volver á comer más picante. Temblaban los palos de la balandra temerosos de la tempestad. Mandó el patron recoger rizos, y oíase un ruido lejano, como el de una populosa ciudad amotinada. Cualquiera otro que no hubiésemos sido nosotros habria sentido temor, solos en un avellana en medio del Océano, próximos á estrellarnos contra las rocas de San Vicente y amenazando un temporal espantoso. El comisario y yo no sabíamos dónde hacer la rueda, como dicen vulgarmente.

Parecióle al buen hombre, y me lo comunicó con afecto, porque, á pesar de sus iras, tenía buen fondo, que no habia mejor sitio ni más á propósito para descansar que la popa, mientras los demás se habian recogido en la cámara, unos sobre otros como podian, por-

que en la bodega no cabia más que el trigo de que iba llena. Seguí su consejo, porque además de ser hombre de más experiencia que yo, no me atrevia á contestarle de miedo que se irritara. Poco tiempo permanecimos allí; no manifestó mucho tino en la eleccion de sitio. Un maldito palo cruzaba por cima de nuestras cabezas, aforrado en lona, con tanto ímpetu, que, encogidos y en cuclillas como allí estábamos, teníamos que bajar las cabezas cada vez que bramando pasaba sobre nosotros. A cada paso teníamos que agacharnos para que no nos desbaratara los cráneos con su empuje. Nos entró tal sofocacion y angustia con el contínuo movimiento, que ni áun respirar podíamos. Por último, tuvimos que irnos de allí, y no sabíamos á dónde. Propúsele bajar á la cámara, aunque allí nos ahogáramos de calor, tanto más cuanto que la tempestad empezaba, comenzando á diluviar con tal furia, que estábamos ya hechos una sopa y allí estorbábamos para la maniobra. Si permanecemos más tiempo, vamos al mar sin remedio. Las olas se llevaron la obra muerta, y el viento, que entró, el maldito palo, causa de nuestra agonía. Recogímonos á la cámara,

donde estábamos todos como almas en pena. Habia en ella una estampita de San Genaro, y un farolito daba una luz moribunda. La enferma, tirada sobre un baul, divertia sus dolores con sus blasfemias: á un lado estaba su marido sin decir palabra, con una cara que no habia más que pedir. Los demás revueltos y enredados unos en otros como los ajos de las ristras. Quedábamos el comisario y yo en la escalerilla hechos un ovillo. Uno de los viajeros pacíficos que habia entrado gordo y estaba ya acartonado, no hacia sino vomitar. Las otras dos mujeres seguian su ejemplo. No sé qué se me ocurrió, que se lo comuniqué á mi compañero, y respondióme algo que me hizo reir. Parecióle esto mal al esposo de la moribunda y me preguntó si yo creia que era hora aquella de reirse. Contestéle con insolencia que me dijese á qué hora le parecia á él que yo me habia de reir, con lo que sin más ni más se dirigió á pegarme con el puño levantado. Los vaivenes del barco, que parecia un zarandillo arrebatado por las olas, la estrechez del sitio y la mucha gente que estaba apiñada, le hicieron perder el equilibrio y sacudir el golpe á uno de los catalanes. Enco-

lerizóse éste, y sacudió al otro, y todos nos enredamos á golpes. Rompióse el farol y se apagó la luz; no se oian sino maldiciones y los bramidos del mar. Parecia aquello el castillo encantado de la zarabanda, con lo de ande la zarabanda y repiquen las campanas. En fin, sosegámonos, porque no habia otro remedio, y fuimos saliendo á cubierta unos tras otros. Amanecia ya y habia amainado la tempestad, que no fué escasa fortuna que durase tan pocas horas. Sacábamos unas caras, que nos mirábamos con horror. En esto el sol salia de las olas brillante de esplendor y belleza; la brisa fresca y apacible rizaba las olas mansamente, aunque algo alteradas de la pasada borrasca, y las nubes que quedaban acá y allá se teñian de color de grana. La balandra bogaba lentamente como una boya en medio de aquella sábana inmensa de agua. Respirábamos nosotros con codicia el aire suavísimo de la madrugada. A mi me pareció que habíamos salido del caos. Los sucesos de la noche pasaban sobre mi cabeza como desvaríos de una fiebre. Yo no cesaba de contemplar el sol, que poco á poco subia sobre un trono de nubes de fuego, esparciendo luz y

alegría al mundo. Las olas, reflejando sus rayos, parecian de oro. No me acuerdo en toda mi vida de mañana más hermosa. Si no hubiera temido su mofa, en mi arrebato habria corrido á abrazar á mis compañeros. Fué el único momento del viaje en que no los odié. Hacía rato ya que estábamos sobre cubierta, cuando vimos salir de la cámara, con el cadáver de su mujer al hombro, al esposo que, atrapando aquella ganga en Rusia, habia hecho la felicidad de su vida. La pobre mujer habia espirado sin duda entre los apretujones y puñetazos de la quimera de la noche pasada. Quizás habria alguno, descargando á bulto sobre ella, precipitado su muerte.

Venía tan estirada y tiesa sobre su marido, y tenía tan contraida la boca, que se conocia que habia muerto profiriendo alguna de aquellas lindezas que tanto la agraciaban en vida; la cara del marido parecia de acero con mezcla de cólera y resignacion. La traia á cuestas, y no nos miró á ninguno, y llegando al borde del buque, la cogió en brazos, la miró un momento, le asomó apenas una lágrima que parecia no mojaba, y la tiró al agua, diciéndo: «al avío,» y arrojóle redondo y seco. Las olas

escondieron el cuerpo, volvió el marido tranquilamente la espalda al mar y seguimos nuestra navegacion con la misma indiferencia con que iba el buque cortando las olas. Yo no sé si envidié la muerte de aquella mujer cuando de allí á poco nos pusimos á comer. En fin, llegamos á Lisboa, que ya creí que no llegábamos nunca. Hicimos cuarentena, que fué tambien divertida, visitónos la sanidad y pidiónos no sé qué dinero. Yo saqué un duro, único que tenía, y me devolvieron dos pesetas, que arrojé al rio Tajo, porque no queria entrar en tan gran ciudad con tan poco dinero.

UN RECUERDO

Era una de aquellas hermosas noches de Inglaterra, cuando en el mes de Agosto nace el crepúsculo de la mañana casi envuelto entre los tíbios colores del de la tarde. Tenía lord Ruthwen su quinta á algunas millas de Lóndres, habia conocido íntimamente á mi padre en la guerra de la Península, yo estaba emigrado y en la estacion del campo habia dejado la capital para acompañarle en su elegante retiro campestre Paseábame, pues, al márgen de un rio, que, rodeado acá de frondosas islas y acullá despeñándose en vistosas cascadas, ora mansa, ora precipitadamente, corria por el magnífico parque que fecundaban sus aguas. Estaba yo melancólico, como se exige de un héroe de novela, jóven de veinte años y enamorado romántico. Miraba el agua que resbalaba á mis piés su corriente,

recordaba los años pasados, mi patria, que tal vez no tornaria á ver más, y mis buenos padres, que me amaban tanto.

Nuestras vidas son los rios
Que van á dar en la mar,
Que es el morir,

me decia á mí mismo, recordando los conocidos versos de Jorge Manrique, y luego mi corazon se comprimia, y algunas lágrimas abrasaban mis ojos

Contemplando,
Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte
Tan callando:

y temblaba por la vida de los mios, que á tantas leguas de mí se acordarian del jóven proscrito, que en tierra extraña sólo podia enviarles los suspiros de su corazon, y que acaso no volveria á verlos nunca.

La soledad, el susurro de la brisa que agitaba mansamente los árboles, la templada luz del crepúsculo, el murmullo del agua, y sobre todo mi propia imaginacion, extraviaron mi

pensamiento, de modo que, arrancándome de la tierra, me figuraba trasportado de repente á un jardin delicioso en las regiones mágicas de Ariosto.

«Fuera yo un caballero de las edades pasadas, y quién sabe si alguna silfa, apareciéndose, de la enramada, ó alguna ondina, que no deben ser ménos amables unas que otras, meciéndose voluptuosamente sobre las aguas, me acariciaria entre armoniosos cánticos, remontándome á sus dorados palacios aéreos, ó en lechos de espuma me bañaria con aguas aromáticas, hundiéndome con ella en lo profundo de este rio, bajo afiligranados techos de aljófares y cristal. Tomáranme quizá bajo su proteccion fantástica, y cuidando de mí como de la delicia de sus ilusiones... ¡Y que no me dejaria yo cuidar, como quien no dice nada, de manos tan amorosas y suaves! ¡Yo que de mio soy naturalmente tan amigo de dejarme querer bien de las mujeres que me parecen hermosas! Y cuánto más siendo ellas ondinas y silfas...»

Miraba yo, mientras esto decia entre mí, á un lado y á otro, como el devoto supersticioso que, acabada su súplica, espera que en

seguida se verifique el milagro. Las copas de los árboles continuaban armoniosamente meciéndose, la brisa sacudia sus perfumadas alas á mi alrededor, seguian las estrellas su curso, las aguas su camino, y... nada cambiaba en la naturaleza. No ha sido esta sola vez la única que me ha sucedido lo mismo:

Y en torno gira indiferente el mundo,
Y gira en torno indiferente el cielo.

Sea todo por la misericordia divina, pero más de cuatro veces hubiera yo vuelto y trastornado el órden de la naturaleza y habria hecho reir al universo con mi alegría y llorar á las estrellas, cuya luz no ha llegado todavía hasta nosotros, con mi dolor, si hubiera estado en mi mano.

Bailad, mortales; regocijaos, luceros; brincad como cabritillos, soles y cometas, que estoy yo alegre; rasgad vuestras vestiduras, hombres; bramen de dolor tus entrañas, tierra; deshaceos y convertíos en polvo, mundos, porque estoy triste.

Así hubiera yo dicho, y ojalá que así hubiera sucedido. Por lo demas, á quien más y

á quien ménos, á todos de vez en cuando nos viene el mismo deseo.

Bueno es el cielo de ver, y magnífico pabellon el que desplegan sobre nuestra frente los aires; sabrosa es la luz del crepúsculo; pero ¿cómo gozar tanta hermosura? Con los ojos no basta, con las manos no llego, olerlo y saborearlo es empeño loco; pues ¿cómo disfrutarla, cómo apoderarse de esa belleza que ama tanto el espirítu, como guardarla para sí é identificarse con ella? De ningun modo.

Volvamos á la tierra y dejémonos de devaneos, que al fin han de llevarme á una casa de orates. Pero en la tierra nunca sucede nada; nada que mientras está sucediendo traiga carácter de aventura, ni nos sorprenda. Pasó ya el tiempo de las aventuras. Yo he salido á los 16 años de mi pátria, como un segundo don Quijote, á buscarlas, y todavía no he hallado una que pueda llamarse tal. ¿Dónde están aquellas princesas incógnitas, aquellos tiranos que las oprimian, aquella mano generosa, que, cuando el caballero se acostaba pobre en su lecho, venía sin darle cata de ello, y le dejaba debajo de lá almohada riquezas, que, considerando la codicia de

nuestra época, causarian al más desinteresado corazon no ménos sorpresa que gusto por su valor y su abundancia? ¡Ah! esta loable costumbre ha desaparecido, por lo ménos desde el tiempo de Lope de Vega, que decia:

Yo finalmente amanecí sin blanca,
Debió de ser que me acosté sin ella.

Pero señor, ¿no me sucederá algo raro, algo extraordinario? Maldito siglo XIX, que, sistematizando las sociedades, has convertido la vida en una sucesion monótona de dias, que unos tras otros pasan sin dejar rastro apenas en la memoria. Ya nada sucede nunca que de contar sea. Hablaba yo en voz alta en medio de mi arrebato, cuando sentí que me tocaban blandamente en el hombro.—Aquí está mi aventura, dije entre mí, y volví azorado inmediatamente. Era lord Ruthwen.

—Su juventud y su poca experiencia de usted—me dijo con mucha mesura y gravedad (porque no ha producido la gran Bretaña, desde el rey Cimbelina, hombre más circunspecto)—son la causa de esas quejas. Niño, en ningun siglo han acaecido tantas aventuras

como en el presente; á ningun hombre le ha sucedido todavía lo que á mí, ni hombre nacido ha inventado jamás, ni mucho ménos visto nunca lo que pasó ante mis ojos no há mucho tiempo.

Díjome esto con tono reposado y magistral; en su frete, que iba á desvanecerse á la nuca, calva la cabeza como un hueso de marfil pulido, se irritó una vena que sobre el entrecejo le caia, sus ojos prominentes me miraron con tal fijeza, que hicieron titubear los mios, y su continente altamente aristocrático-británico, tomando de repente el ademan de un neurálgico, me habria hecho temer por él y por mí, si despues de un año de trato íntimo no me hubiera familiarizado con su carácter, no sé si me atreva á decirlo, extravagante.

—Y ahora, ahora mismo acabo de hablar con él, le he visto en la quinta próxima, enamorando y galanteando á Mis Hershel—prosiguió dándose una palmada en la frente.

—Lord Rurthwen—le dije—esa aventura debe de haber sido extraordinaria; no haríamos mal en retirarnos á casa; la noche, aunque serena, está húmeda, y ya es hora además de tener nuestro rato de conversacion como de

costumbre, antes de acostarnos. Venid, y allí despacio y más cómodamente me contareis ese tan raro acontecimiento.

—No—repuso—necesito aire, las sienes se me queman...—Y la mano extendida, apretábaselas con el pulgar y el dedo del corazon, contrayendo su rígida y nerviosa fisonomía. —¡Agua! ¡Agua en la frente! Amigo mio, continuó empuñando con fuerza mi mano.—Es usted muy niño todavía, pero yo necesito desahogarme, y usted es el hijo de mi amigo y merece usted toda mi confianza. Voy á revelarle á usted un secreto, que si se divulgase, quien no me tuviera por loco, me tendria por embustero, no conociéndome.

Vengo de la biblioteca y no he hallado un libro que me explique claramente la metempsícosis. La he revuelto toda, he hojeado cuanto en prosa y verso se ha escrito desde Pitágoras hasta el dia, y nada he encontrado. ¡Oh! amigo mio, amigo mio—añadió con el mayor dolor—el entendimiento humano tiene límites que no es dado traspasar. ¡Ay! del que se empeñe en comprenderlo todo y en explicárselo! Mi corazon se ha secado como un arenal, y mi imaginacion arde como un papel

que se quema sin llama y que entre chispas se va reduciendo á ceniza. Aquí pienso que voy á coger la fórmula de la inmensidad, allí la del espíritu. ¡Pobre delirante! Como si hubiera sitio en la cabeza material para que cupiese desarrollado tamaño pensamiento; como si, aunque lo hubiera, no me faltasen palabras en la lengua de los hombres para expresar el pensamiento de los dioses.

¡Oh! mi deseo me abruma y mi impotencia me desespera. Usted, hijo mio, no sabe cuán grande es mi dolor. Yo puedo decir contigo, Shackespeare:

I Habe
That honourable grief todged here, which burns
Worse than tears drown.

Las palabras del ilustre anciano revelaban claramente que se hallaba en uno de aquellos accesos maniáticos, que más de una vez, á pesar de mi profundo respeto hácia su persona, me habian hecho asomar la risa á los lábios y meditar luego á ratos perdidos, que lo eran casi todos los mios, entre broma y veras, en la flaqueza y miseria de nuestro prójimo.

Resuelto á oirle, le invité á sentarse al pié de un árbol, dándome á mí mismo la enhorabuena del buen rato que se me preparaba. Siempre he preferido la conversacion de los locos á la de los hombres de juicio. Enseña tanto como la de éstos y fastidia ménos. Sentados ya, entreteníame yo en contemplar aquella imágen y semejanza de Dios, grave y metódica en medio de su desvarío, que, sin perder nada de su varonil dignidad, ofrecia, sin embargo, á otro semejante suyo, motivos de lastimosa risa. ¡Quién sabe cuánto hubiera hecho reir la vista de los dos séres superiores de la creacion, tan sérios y dignos, á otro ente de más alta naturaleza!

Entónces lord Ruthwen, con reposado continente y serena, aunque desencajada, fisonomía, dijo:

—Platon pensaba, amigo mio, que el alma era una llama encerrada en nuestra máquina material, cuya luz, dándola vida, solia asomar á veces por algunos resquicios, ansiosa siempre de dejar su cárcel y volar á la inmortalidad. Los más antiguos filósofos vieron en ella un reo: atribuyéronla el delito de rebelion, y la impusieron castigo. En el *Kathoka-*

Oupanischat de los *Vedas*, se dice que el espíritu elige el cuerpo de un animal y...

—Sí, señor—interrumpí yo, temeroso del torrente de erudicion en que amenazaba inundarme—y de ahí viene la purificacion de las almas por medio de la trasmigracion ó metempsícosis. Pitágoras adoptó esta doctrina.

—Y á mí—continuó lord Ruthwen—no me queda ya duda de que es cierta. Años hacía que, entregado á la lectura de las religiones y de los filósofos, y empapado en sus diferentes sistemas, vagaba mi entendimiento ansioso de resolver sus dudas en la cuestion del espíritu, cuando el raro suceso que he prometido contaros, vino, certificándome de la verdad del sitema pitagórico, á sepultarme de nuevo en mayores dudas y confusiones que han de acabar con mi vida. Cuantos han creido en la metempsícosis, han supuesto la traslacion del alma, despues de muerto el cuerpo en que se encerraba. ¿Pero qué diria usted si le asegurase que he visto con mis propios ojos, y que he palpado con mis manos mismas un cuerpo de un cuadrúpedo vivo y sano, y que este cuerpo se ha disipado de re-

pente y convertido en el de un hombre, verificándose la trasmigracion de su espíritu cuando ménos nadie podia imaginárselo?

Miré yo á lord Ruthwen por si acaso se chanceaba, pero permaneció impasible con toda la solemnidad y buena fé de su locura, y prosigió diciendo:

—Veo que le causa á V. asombro lo que le digo, y no me espanta. Figúrese V. cuánto mayor sería el mio al admirar fenómeno tan estupendo. Desde que tuve uso de razon he sido aficionadísimo á caballos, y puedo asegurar á V. que los mejores de Inglaterra han estado en mis cuadras. Yo creo que el caballo y el perro son los mejores amigos del hombre. El primero, para mí, no es otra cosa que un suplemento que la naturaleza le ha concedido en sus trabajos y fatigas; un hombre á pié no es sino un ente incompleto; á caballo, pudiendo hacer cuanto á pié ejecuta, y muchas otras cosas que de otro modo serian inpracticables, es el sér verdaderamente más perfecto de la creacion. Reflexiones semejantes debieron dar orígen á la antigua fábula de los centáuros.

—La definicion—le dije—me parece exac-

ta, y tanto más, cuanto que al hombre montado en burro ó mula, no le comprende.

—Así es—repuso con seriedad imperturbable.—Tenía yo, hace dos años, el más noble, el más brioso, la más perfecta obra que en su taller ha fabricado jamás el escultor de la naturaleza. Era un caballo trasparente, sus venas corrian al través del cutis más delicado y útil que puede V. imaginarse, dejaba atrás al viento en su carrera, y su cabeza que latia toda lanzando vida y alma!... El alma, ¡ah! así se salió aquella alma de su caja, así se escapó y trasladó á máquina mejor acondicionada para ella. Su inteligencia que rebullia en su frente, más de una vez me habia ya hecho meditar con asombro, pasmado yo de tanto poder de reflexion y memoria en un cuadrúpedo. Querido amigo, era un monstruo; y ¿qué habia de resultar de un monstro sino una monstruosidad? Conocido y afamado en toda la Gran Bretaña, vencedor en cuantas carreras habia entrado á deslucir las mejores sentadas reputaciones, infinitos lo codiciaban, y cada dia desechaba yo mil ventajosas proposiciones que se me hacian, procurando hasta con astucias y tretas arrebatármelo. Lord King es-

taba de él tan enamorado, que, viendo no habia medio de reducir mi voluntad, juró robármelo. Reíme yo de su locura, y ojalá lo hubiera hecho antes que el maldito animal no le hubiese llegado la hora de cambiar de esencia y forma, y de trastornarme á mí el juicio. ¡Oh! ¡sí, sí!

Bajaba yo todos los dias dos veces á visitar á *Pedrillo*, que éste era el nombre de mi corcel, y una tarde, al anochecer, me hallé que aún no habian encendido luz en la cuadra. Llamé, enojado del descuido, para que la trajeran, y tardaron en responder. En esto venía ya la luz... ¡Atencion, amigo mio—y me apretó tanto la mano, que me hacía daño;—atencion, por Dios, amigo mio! Venía ya la luz, y reflejaba apenas en las paredes de la cuadra. Los caballos, inquietos, herian el suelo con fuerza, como si presenciaran alguna vision temerosa. Yo no sé qué sudor frio bañó mi frente, perdí la razon, sentí que temblaban mis nervios, y ví, ví, como una sombra de caballo, que á medida que la luz se acercaba, subia por las paredes disipándose y se levantaba al techo, donde, por último, desapareció desvanecida. En esto oí una voz que en latin

dijo: *Gratias ago tibi, Domine, Deus meus*, dando gracias á Dios. Entró la luz, sacudió una cabeza de hombre la cabezada de mi caballo, que parecia él tener puesta, y sin hacer caso de mí, que le hablé en inglés, sacó unas navajas, y mirándose en un cachillo de espejo, se puso á afeitarse con la mayor frescura del mundo. Ocupaba aquel hombre el sitio de *Pedrillo*, y *Pedrillo* habia desaparecido. Suavizando las navajas, me miró, y arrojándose de repente á mis piés, y abrazándome las rodillas exclamó en purísimo latin ciceroriano:

—Perdon, señor mio, perdon; yo soy *Pedrillo*, ó por mejor decir, yo era ese *Pedrillo* que andais buscando, y que no volvereis á ver en toda la vida. En mí acaba de verificarse uno de los casos de la metempsícosis. Mi tiempo llegó y me he trasformado en hombre. ¿Quereis saber más? ¿Será menester decíroslo todo, amigo mio?—añadió con los ojos llenos de lágrimas.—Habeis leido sin duda á Horacio, y os acordareis en su *Arte poética* del barbero Licinio. Yo, yo fuí ese desventurado romano, á quien desde entonces acá han sucedido aventuras capaces, si se contaran, de enter-

necer piedras y hacer llorar bronces. ¿No os acordais de Licinio? No os enojeis porque yo haya vuelto á mi pristino sér. ¡Vos, que amais tanto los autores clásicos de que tuve la honra de ser contemporáneo! Dejadme afeitar, y me iré despues, con vuestro permiso, á cumplir mi mision sobre la tierra. Soy Licinio; no tengo más que deciros. Acordaos del *Nihil admirari* de mi compatriota, y no no os admireis de lo que es sin duda muy natural.

El criado, que habia traido la luz, del sobresalto, la dejó caer. Hubiera yo con placer entablado conversacion con Licinio, pero, cuando volvieron con otra luz, Licinio se habia ido sin duda á afeitar á otra parte. ¡Mi caballo se afeitaba solo! ¡Mi caballo se habia convertido en hombre! ¡En Licinio, el barbero que cita Horacio! ¡La metempsícosis se habia cumplido antes de la muerte del cuerpo! ¡El sistema más filosófico y profundo era verdadero, pero no en todas sus partes! ¡El cielo me habia elegido á mí para testigo de vista de un caso incomprensible, sí, pero no ménos cierto por eso... ¡Cuánto he meditado despues! ¡Cuánto he hecho por encontrar á Licinio! ¡Todo en vano, todo en vano! ¡Ah, entendi-

miento mezquino! ¡Oh! ¡miserable mundo, cárcel estrecha de los espíritus!

Diciendo así, inclinó la cabeza sobre el pecho y arrojó tan profundos suspiros, que parecia que se le arrancaba el alma. Maravillóme la rara locura de mi huésped y quedé suspenso.

Un arpa armoniosa, como la música de los cielos, sonó á deshora en el bosque, y una voz suavísima y simpática que penetraba en el fondo del alma, como los cantos aéreos de la sílfide enamorada, entonó el *casta diva* de Bellini, mientras los aires, conmovidos con su sabroso eco, meciéndose en ella voluptuosamente, en deliciosas ondulaciones la traian. Sorprendióme de modo que creí que iban á realizarse en fin mis ensueños. Levantó el anciano la cabeza y escuchó con recogimiento. La voz se desvanecia como una nube blanca al crepúsculo de la tarde, y vaga y argentina, ya parecia descender de la estrellada esfera, ya salir del fondo de las cristalinas aguas, que á alguna distancia de nosotros se despeñaban. Hubiera yo estado oyéndola estático toda mi vida.

—Es mi hija—dijo el anciano, más sereno

ya el rostro y olvidado de cuanto poco antes le distraia.—Es mi hija, que me llama con sus acentos de ágel. Bendita seas, hija mia, que no olvidas nunca las amarguras de tu padre. Vamos, amigo mio; esa voz es para mí como la de un serafin que en la muerte tranquila del bienaventurado llama su espíritu desde la gloria.

La hija de lord Ruthwen nos guiaba. Sus ojos, ¡ah! sus ojos miraban con una ternura tan íntima! Cuando se alzaban sus párpados parecia que se abria el cielo. ¡Oh! ¡las inglesas son tan suaves, tan bellas! Dichoso país el nuestro, donde puede alabarse la hermosura de las extranjeras sin temor de causar envidia á las en él nacidas para su encanto. Las españolas llevan el amor y la poesía en los ojos.

ESPAÑA Y PORTUGAL [1].

I.

Cuando los pueblos tienden la vista por la inmensa hoja del tiempo y leen en ella su orígen que la antigüedad ennoblece, sus primeros esfuerzos, las glorias y las hazañas de sus mayores, su orgullo se excita, su pensamiento se engrie, late satisfecho su corazon, y un generoso sentimiento los impele á grandes hechos y maravillosas empresas. El espíritu de nacionalidad que crearon las tradiciones que se dividen y esparcen con las familias, junta en un pensamiento único las diversas tenden-

(1) Estos dos artículos, publicados en *El Pensamiento* (1841) bajo el título de *Política general*, fueron reproducidos en *La Ilustracion* (1853) con el que ahora llevan, más propio, sin duda, y significativo.

cias, las organizaciones más distintas de los habitantes de un mismo país, reune y mancomuna los más opuestos intereses, forma una necesidad absoluta de todas las necesidades particulares, y crea, en fin, la palabra mágica pátria. Menester es haber vivido léjos de los suyos con el enigma del proscrito en la frente y el corazon llagado de recuerdos, solo entre la multitud que desconfia del extraño, pobre y sin valimiento propio, y en medio de los que nacieron juntos y juntos viven; menester es haber despreciado la riqueza del extranjero, comparándola con la pobreza del suelo patrio, haber visto las mujeres pasar desdeñosas y trayendo á nuestra memoria las que con sus miradas halagaban nuestra sensibilidad, y derramar lágrimas de envidia y amargura, solo, infeliz en medio de tantos felices, para comprender, para sentir la pátria, para no poder pronunciar jamás tan dulce palabra sin conmoverse. Los pueblos valen, pues, mientras domina en ellos el sentimiento de nacionalidad.

Y cuando decrépitos. y degradados, como un corrompido aristócrata que se complace en contemplar los retratos de sus esforzados

abuelos, registran los anales de sus hazañas y áun se jactan de su antigua fuerza, todavía irritado en ellos su orgullo, resisten la conquista, se sublevan contra el invasor, y cediendo en su debilidad, sométense, sí, á la fortuna que los sujeta, pero no se dan jamás por vencidos. Muchos son los ejemplos que la historia ofrece de países que sujetó la fuerza, y que tarde ó temprano rompieron el yugo de la dominacion extranjera, que no respetó sus costumbres, ajó sus fueros y despreció el sentimiento de nacionalidad que al fin se despertara en ellos. Los grandes ejércitos, las invasiones poderosas no dejan más resto de sí que grandes ruinas y lastimosas devastaciones, y pasado el primer espanto, infunden ódio eterno contra sus tiranos en el pecho de los vencidos. El siglo actual puede decirse que ha visto las últimas masas de hombres sirviendo á la ambicion del génio, formadas y organizadas para emprender conquistas. Napoleon, á quien pudiera llamarse el último Carlo-Magno, instrumento sublime de los destinos del mundo, ha servido de término en la série de siglos que trascurre desde la monarquía feudal hasta la nueva era de los pueblos libres.

La gloria y un poder inmenso cierra el cuadro de las monarquías absolutas. Es el último aliento de la gloria militar que con él espira; su manto real el último que cubre los hombros de un poderoso monarca, y complemento magnífico de la gran revolucion que ha trastornado la faz del mundo, se presenta á decirle: «Hé aquí el más grande de los generosos, el hijo del pueblo, el génio escogido, el rey más obedecido y poderoso, el privilegiado de la fortuna.» Pero todavía con cualidades tan grandes, con tanta fuerza, con poder tan extraordinario, no basta, pueblos, á hacer vuestra felicidad, á renovar la sociedad corrompida, porque sólo podeis labrar, á fuerza de lucha y tiempo, vosotros vuestra felicidad, porque la sociedad se formula á sí misma, porque el hombre más grande y elevado sobre vuestros hombres vive una hora apenas en la vida de la humanidad.

Napoleon agotó cuanto en pompa y en grandeza habian creado los anteriores siglos; usó las fiestas y regocijos públicos; vulgarizó las palabras sagrados que conmovian con su mágia los corazones, y entregando al cuchillo del análisis religion, gloria y recuerdos, pre-

sentó la sociedad como un cadáver que engalanaran falsos oropeles y brillantes piedras. Aquella mano plebeya que habia osado arrancar las coronas de la frente de los reyes, y que, despojándolos de su aparato, los presentó como hombres flacos á la faz de sus más asombrados vasallos, empuñó la espada del conquistador para desnudar sus tronos, y su mision cumplida, dejó á los pueblos que completasen su obra. Las guerras, pues, de conquista acabaron con Napoleon; el templo de la gloria militar se desmoronó con su ídolo, y nuevos caminos se abrieron á la civilizacion del mundo, obra inmensa que para llevarse á cabo necesitaba del concurso general de todos los pueblos.

Al estruendo de las armas sucedió la voz de la predicacion y de la ciencia; multiplicáronse los medios de comunicacion entre los pueblos; estrecháronse mútuamente sus alianzas; las distancias se acortaron, y un sentimiento único, la idea, en fin, de mejorar su condicion desgraciada, hizo que se mirasen como hermanos los que hasta entonces se habian mirado como enemigos. Este trabajo largo y penoso, sometido al instinto generoso

de la humanidad, está todavía muy léjos de haber tocado á su término. Los escombros de los tiempos pasados y hasta las tiendas levantadas por los hombres en su largo viaje para abrigarse y vivir el presente, embarazan aún el camino y ocupan gran parte del terreno donde hubiera de empezar á levantarse el edificio del porvenir.

Los intereses antiguos que vacilan; las preocupaciones que, como la luz al morir, sacan fuerza de la propia debilidad; los vicios y errores que crean nuevamente intereses perjudiciales hasta abrirles ancho canal por donde se esparzan fecundando, y que permanecen ahora estancados; la duda misma compañera del análisis que todo lo ha deshecho y nada crea, y que viene medrosa á mezclarse en todas las combinaciones para lo futuro; las necesidades actuales que se complican, y á que hay que acudir forzosamente, son otros tantos obstáculos al cumplimiento de la inmensa obra emprendida, y multiplicándose y confundiéndose, rinden las almas débiles y trastornan los entendimientos medianos. Pero pasó la época en que la condicion de las naciones era ser esclavas ó dominadoras.

Las conquistas han llenado su inmensa mision en la historia. Roma reunió los pueblos para recibir la comunion cristiana; Napoleon los preparó para cumplir el fin á que aquella religion los conducia, á conocerse, á hermanarse, á unirse en una misma familia. La voz de paz á los hombres de buena voluntad sonará en las alturas, y los hombres se darán la mano al oirla. Las fuentes del bien y el mal se confunden y mezclan de modo que del manantial más puro la corriente se envenena por último, y pudre y daña cuanto riega; mientras que, purificándose las aguas corrompidas en su orígen, llevan las más veces fecundidad y riqueza por donde pasan. Las calamidades de la guerra impusieron con el sello profundo de su fuerza la marca que á la sociedad moderna distingue. El espíritu mercantil, mezquino en su principio y siempre impulsado por el sórdido estímulo del interés, creciéndose y dilatándose, ha construido, en fin, los caminos de hierro, ha aplicado el vapor á los buques, y vehículo pacífico de las nuevas ideas, estrecha los vínculos de los pueblos más distantes de la tierra y que apenas se conocian.

Cierto es que, en nuestra época de lucha y de transicion, este espíritu se ha apoderado de todos los corazones, y elevada la aristocracia del dinero sobre la del talento, la de la sangre y la de la fuerza, ha sofocado por un momento todas las pasiones nobles. Desgracia quizá inevitable, necesidad lógica, que si ahoga un siglo entero con sus especulaciones, acaso de interés ruin, llevará á los siglos futuros con su codicia las ideas generosas, las pasiones altivas, los sentimientos buenos, y los esparcirá y cambiará con sus mercancías por todas partes. A nosotros nos ha tocado la suerte, triste á la verdad, de aquellas tropas que abandona el general al cañon enemigo para salvar con su muerte á todo el ejército. Las almas generosas suspiran en vano por el porvenir, ó vuelven tímidas los ojos á lo pasado, huyendo de un siglo, que, si bien prepara para lo futuro grandes escenas, se halla ocupado ahora en el trabajo mecánico y, aunque *mañoso*, mezquino del afanoso artífice.

La discusion embarazosa, enemiga del génio altanero y ejecutivo, se ha apoderado del campo político, entregado hoy en Europa á la medianía; y como la paciencia es el don de

estos talentos, y el trabajo del siglo actual es de paciencia, justo es y necesario que ellos ocupen los primeros puestos. Todo el porvenir del universo está apenas á distancia de un dia en el pensamiento del génio, y á millones de leguas lo colocan los inconvenientes y obstáculos que pone la práctica.

Las medianías, representantes verdaderos de la época, siguen tejiendo la tela social con más ó ménos tino, pero sin impacientarse nunca. La Europa hoy dia es una gran fábrica de trabajadores avaros. Temeroso cada taller del vecino, se rodea de hombres armados para imponerse temor unos á otros, enmascarar el miedo y amenazarse sin embestirse nunca. Si alguna imprudencia, ya de algun jefe de taller más atrevido, ya de algunos de los dependientes armados, amaga al parecer hostilidades inevitables entre uno, dos ó más talleres, las bravatas y las amenazas se truecan en palabras de cortesía, y mútuas satisfacciones, en que el honor suele sacrificarse al interes, vienen á terminar tan espantosa crísis, que parecia iba á envolver en desastres sin número la gran fábrica. La situacion de Europa es la del ánimo acobardado y receloso;

los restos del antiguo régimen disputan el terreno á los nuevos usos; obligados á ceder, se mezclan y confunden con ellos para no abandonar el puesto, y la desconfianza, penetrando en unos y otros, cualquiera grito es de alarma, cualquiera chispa una conflagracion universal que abrasará los ya gastados hilos, apenas levísimas ligaduras de la confusa sociedad moderna.

No es España, á pesar de su situacion topográfica, que parece aislarla del resto de Europa, la que ménos sustos ha causado ni la que dá ménos motivos de sobresalto. Envuelta en una revolucion política y dividida en partidos que, aunque fatigados y sin fé, pelean, sin embargo, obstinadamente; combatidos sus pueblos por siete años de guerra civil tan encarnizada como poco gloriosa, y habiendo sido el desórden una necesidad de nuestro Gobierno, que entre inmensos apuros, á toda costa y á cualquier precio, tenía que acudir á imperiosas exigencias del momento, más de una vez en su lucha ha llamado con susto la atencion de Europa entera. Ofreciendo sus puertos, los mejores del Mediterráneo, ventajosa alianza á la Inglaterra, esta nacion

ha intentado siempre abrir franco mercado en nuestro país á sus mercancías con menoscabo de nuestra industria. Próxima á estallar la guerra, complicados los negocios de Oriente, la Francia, nuestra natural aliada, ha vuelto tambien los ojos á España, codiciosa de estrechar los vínculos que la extraviada política del Gobierno francés habia relajado últimamente.

Y concluida la guerra con un aguerrido y numeroso ejército, preparándose la paz á abrir algun dia fuentes de verdadera riqueza, aunque todavía envueltos en la mezquina lucha de intereses parciales, tiempo es ya de ensanchar nuestras miras y echar una ojeada sobre el mundo político que nos rodea. Léjos de nosotros la idea de aconsejar al Gobierno cómo ha de obrar inmediatamente. Escritores de un periódico de literatura, sólo nos contentaremos con hacer algunas reflexiones sobre una cuestion, quizá la más importante para la Península. Pocos dias hace los ojos de los españoles se volvian hácia Portugal; numerosos cuerpos de tropas se acercaban á las fronteras; la cuestion del Duero amenazaba ser causa de un rompimiento entre dos naciones her-

manas, y grandes preparativos de guerra se dispusieron por ambas partes. Felizmente, como es hoy costumbre, los negocios se arreglaron amistosamente, y no pasó de un nuevo susto tanta amenaza. Pero la cuestion ha quedado en pié, sin embargo. La Península, para llegar á ser una gran nacion, necesita reunirse. La mano está separada del brazo, y Tajo y Duero, arterias fecundísimas de nuestro cuerpo, cortadas á deshora, van á morir en un mar extranjero. Portugal, acosado por la Inglaterra, que lo ahoga con su política, conserva sólo un recuerdo de su antigua gloria, y en su mal entendida vanidad, vuelve contra nosotros un ódio que alimentan con ánimo los interesados isleños.

En nuestro orgullo, los españoles solemos reirnos de su debilidad y su arrogancia, y unos y otros, en vez de unirnos y enlazarnos íntimamente por mútuo interés, servimos con nuestras rencillas y femenil rencor á nuestra astuta aliada. Fuerza es que nos convenzamos; los portugueses jamás perderán el noble instinto de su nacionalidad, ni áun vencidos y subyugados. Ese rincon de la Península cuenta entre mil guerreros y conquistadores

ilustres los Gamas, los Alburquerques, los Castros; sus marinos abrieron la senda á las expediciones atrevidas, y á la voz de Camoëns, sonora y poderosa, atruena todavía el mundo cantando las hazañas de aquellos héroes. La mal entendida política de Felipe II alejó de nosotros la buena voluntad de los portugueses; su orgullo herido los convirtió en enemigos nuestros irreconciliables, y todavía aquellas preocupaciones quedan arraigadas hondamente en el corazon de nuestros vecinos. La dificultad de comunicaciones entre los dos países ha levantado una barrera, que, como la muralla de la China, los separa completamente de nosotros.

Los ingleses han abierto su mercado en Lisboa y han reducido á la capital todo el reino. Y mientras por todas partes anchos canales dan franco paso á las relaciones de todos los pueblos, estamos más léjos de nuestros naturales hermanos que de las naciones más extrañas. Considerar, pues, cuál será el mejor medio de unir á estos dos hijos de una misma madre, y formar un solo pueblo, fuerte y poderoso, de los que dividiera una rivalidad equivocada y la codicia y el egoismo del ex-

tranjero: hé aquí la obra que brevemente nos proponemos examinar.

II.

Desde el tratado de Methuen en 1709, los ingleses, apoderados casi exclusivamente del comercio de Portugal, convirtieron este reino en una colonia dependiente de la Gran Bretaña.

Aquellas escuadras, las más numerosas y aguerridas que en el siglo XV osaban cruzar los mares; aquellos tesoros que de las más remotas partes del mundo venian á coronar y añadir lustre á la soberana del Atlántico, tantos triunfos, glorias tan resplandecientes, tanto poder, toda la grandeza, en fin, de tres siglos, habia para siempre desaparecido. Imperio tan poderoso, enterrado en los desiertos arenales de Africa, cuando la temeraria expedicion de su rey D. Sebastian, roto y destrozado, y á merced de imbéciles pretendientes que su corona se disputaban, quedó en tamaño infortunio abierto á la ambicion del extranjero y la codicia del más atrevido.

Apoyó sus pretensiones nuestro rey Felipe II con un aguerrido ejército de 50.000 hom-

bres, y la espada vencedora del duque de Alba, arrollando las mal dirigidas huestes del prior de Ocrato, sentó sobre el trono, poco hacía tan brillante de Juan II, la tiranía y oscura política del sombrío heredero de Cárlos V. Sujetó y humilló esta conquista á los portugueses; pero en su corazon agraviado se aumentó el ódio que hacía ya mucho tiempo la rivalidad de ambos reinos habia engendrado; sometiéronse á la fuerza y soportaron el pesado yugo que la imprudente política de Felipe les imponia, pero ni un dia solo pasó desde entónces sin que, irritados de opresion tan injusta, royesen con coléricos dientes los eslabones de su cadena. Lloraban de dolor y de indignacion los buenos de aquella nacion desgraciada al ver cada dia arrancado un floron de su corona mal defendida y abandonada por el descuido é ineptitud de sus tiranos.

Aquellas colonias tan ricas, teatros de tantas hazañas y glorias, padron de los esfuerzos de tantos héroes, una por una, desmembrándose de su antigua metrópoli, pasaban á ser patrimonio de los holandeses y de los ingleses, quitando á cada uno de sus dueños estos antiguos despojos, hasta la esperanza

de que libre y regenerada su pátria, pudiese recobrar ya nunca el esplendor y la grandeza de los pasados tiempos. El rencor más íntimo se alimentaba y crecia en los pechos de los portugueses, y la estúpida política del Gobierno español, aumentándolo cada vez más, no parecia sino que se empeñaba en separar dos pueblos que la naturaleza habia unido, y en alejar sus corazones con mútuo desden y ódio, convirtiendo en enemigos irreconciliables á los que habian nacido para amarse como hermanos.

Lastimaba continuamente el corazon de los pertugueses el recuerdo á su nacionalidad herida y ajada con insolente befa, imprudentes y tiránicas vejaciones. Comunicaban poco entre sí ambos pueblos y sólo por medio de los representantes del poder que los oprimian, y encastillado el portugués en su ódio, y desdeñoso el español en su orgullo, mirábanse uno á otro, siempre la cólera en el corazon y la mano pronta sobre el puño de la espada. Tan desconcertada conducta, tantos ultrajes, que, tomando su orígen en la tiranía y desordenada marcha del Gobierno español, pasaban sin perder su odioso carácter hasta las últimas

clases del estado, deslumbrando á unos y otros en sus verdaderos intereses, ofrecian fértil campo para sus especulaciones políticas á los extranjeros, naturales enemigos de una nacion que agitaba entónces por espíritu de religion y de heroismo la Europa entera, y cuyas leyes se obedecian en las más remotas partes del mundo.

Ni se descuidaron tampoco los portugueses. Presentósele buena ocasion durante la desastrosa administracion del de Olivares; dirigió el célebre Pinto Riveiro la conspiracion, y á despecho de la debilidad y flaco ánimo del duque de Braganza, llegó el dia, en fin, tras tantos afanes, de romper el yugo castellano y levantar el trono independiente de Portugal. ¡Vanos esfuerzos! El último que habian hecho, agotando todos sus recursos, ya muy escasos despues de tantos trastornos, quebrantos y despojos, dejó aniquilado el reino y sin brío para llevar adelante la empresa que habia empezado: no era ya Portugal el reino poderoso á quien tributaban riquísimos tesoros á porfía el Oriente y el Occidente, y Lisboa, su gran capital, habia ya dejado de ser el primer emporio mercantil del mundo.

Dueños de la mayor parte de las colonias los extranjeros, y arruinada su marina, en vano su excelente posicion sobre el Atlántico brindaba á los portugueses con tierras lejanas y nuevas conquistas. Portugal, reducido á pobre rincon de la Península, ó habia de sucumbir por último á las desproporcionadas fuerzas de su entonces odiosa vecina la España, ó para salvar, aparentemente al ménos, su independencia, comprar á precio muy caro la alianza y proteccion de la Gran Bretaña. ¡Triste condicion de las naciones que tienen por amigas á otras más poderosas!

En vano un hombre de ánimo generoso y elevado, y dotado al mismo tiempo de una voluntad de hierro, se esforzó en levantar de su abatimiento y dar vida á aquella máquina descompuesta. El marqués de Pombal comunicó su energía, sin embargo, al ánimo desmayado de los portugueses, reedificó á Lisboa, armó una marina respetable, protegió las artes, cultiváronse en su tiempo las bellas letras, y reanimó la industria; pero los veinticinco años de su gobierno no eran bastante para sus proyectos gigantescos, y el estímulo que su génio prestó por un momento al Esta-

do podria compararse al que recibe un cuerpo muerto por medio del galvanismo.

En lucha abierta con todas las preocupaciones y mezquinos intereses de su época, Pombal sostuvo una guerra á muerte contra los nobles que le envidiaban y los jesuitas que le temian, acosado por contínuas conspiraciones, y sostenido únicamente por su propia energía y vigorosa severidad. A la muerte de José I, sus enemigos prevalecieron en el ánimo de la reina María y quedaron para mucho tiempo desvanecidas las esperanzas de los buenos portugueses.

La debilidad, el cohecho, las más viles pasiones sucedieron al plan metódico y ordenado del desgraciado ministro; el pueblo portugués, sumido en la ignorancia y el abatimiento, y perdida su antigua energía, dejaba hacer á sus gobernantes, que mezquinos y nulos se encorvaban delante del extranjero, hábil en aprovecharse de sus desaciertos, y sólo de tantos recuerdos habia quedado en el corazon de los portugueses una ridícula y apática ojeriza hácia sus vecinos los españoles. Atizábanla con interesadas miras los ingleses, y la alianza de Napoleon con la córte

de Madrid ofreció ocasiones mil para alimentarla últimamente con maña.

El ejército portugués, mandado durante la guerra de la Independencia por jefes y generales ingleses, si probó con sus hazañas que en nada habia degenerado el antiguo valor lusitano, no manifestó ménos al mundo, peleando á las órdenes de los extranjeros, el estado de sumision y abatimiento en que su nacion se encontraba. Pero la aurora de la libertad de la Península empezaba ya á radiar en el campo político que antes ennegrecia con su sombra el despotismo, desbarate y trastornada direccion del mal gobierno. Con el amor á la libertad renació el amor á la independencia, y Portugal poco á poco logró al ménos hacer más disimulado el yugo de su aliada más íntima. Pero ¿logrará sacudirlo enteramente? Agotadas sus rentas, sin marina, sin industria, perdidas sus mejores colonias, erigido el Brasil en imperio independiente, ¿seguirá Portugal en la misma desigual alianza con una nacion marinera y mercantil que lo consume, y de la cual, al cabo de tanto tiempo de amistad íntima, no ha logrado otros auxilios que aquellos que

por su propio interés le convenia prestarle? Léjos de nosotros el deseo de que sean enemigos Portugal y la Inglaterra, y ni se crea que tratamos de culpar á esta nacion por sus procedimientos en aquel reino.

Tan contrario es á nuestra opinion lo primero, cuanto que nosotros militamos bajo la bandera de fraternidad y union entre los pueblos, y jamás acriminaremos de poco generoso el comportamiento del gabinete inglés, porque sabemos que siendo la primera ley de la naturaleza la propia conservacion, y atendiendo además al proverbio de «amor con amor se paga», sería injusto exigir sacrificios á aquel á quien, si alguna vez se acudió demandando favor y amistad, fué más por necesidad que por simpatía. Pero tiempo es ya tambien de que los que hemos nacido en la Península miremos por nuestros intereses y mejoremos de condicion.

Mientras el comercio, el vapor, la industria reune entre sí los pueblos más apartados, no olvidemos que Portugal y España ocupan un mismo suelo y forman un solo país con los intereses idénticos y unas mismas necesidades. Que á despecho de la tiranía de nues-

tros pasados reyes y de la lejanía en que nos han colocado mal entendidas rivalidades y antiguos rencores, nuestro idioma es casi el mismo, nuestras literaturas se han mezclado y confundido hasta el punto de que los mejores escritores de uno y otro país han cultivado con gloria ambas lenguas; que el mismo pensamiento de libertad guia al porvenir á ambos pueblos, y en fin, que las leyes de la naturaleza y razones de conveniencia y de justicia, exigen se abran por último francas y fáciles comunicaciones entre hermanos que, reconociendo su error, y pasado el primer calor de antiguas desavenencias, han de abrazarse algun dia y para siempre reconciliarse.

No es ya la diplomacia de un rey astuto, que atiende más á su interés privado y á lisonjear su orgullo, añadiendo un floron más á su corona, ni mucho ménos la ultrajante dominacion de la fuerza de un conquistador afortunado, la que hoy dia mañosa se ingiere ó poderosa se levanta á imponer caprichosas leyes al más débil, no: la verdad, las necesidades mútuas, el imperio de la razon, son las causas que han de ligar las manos de uno y otro pueblo, nacion incompleta y nunca la

primera, sola y aislada de su vecina, y débil la segunda, y sin porvenir propio, separada de aquella y condenada á sufrir la insolente amistad del extranjero, que necesariamente ha de aprovecharse de su flaqueza.

Hora es ya de que los portugueses y los españoles empecemos á conocernos y comprendernos. Rompamos esa barrera que tanto tiempo nos ha separado. Glorioso será el dia para ambos pueblos en que una nacion grande, compacta, libre é independiente, se levante, cerradas sus fronteras por el Pirineo, y abierto á su comercio y sus empresas el mundo, señora por sus puertos del Mediterráneo y del Océano. Pero ¡ah! triste es pensarlo, y en vano el corazon lastimado se esfuerza á templar su pena con tan brillante ilusion y porvenir tan glorioso. ¡Cuán léjos todavía está de nosotros!

Nuestros hombres de estado, en sus nimias y ridículas combinaciones, no parece sino que apenas tienen fuerza para entregarse á meros trabajos mujeriles, faltos de ánimo y capacidad varonil para mayores empresas. Envueltos en redes de miedo que les tiende á cada paso su escaso génio, de todo temen,

comprenden poco y nada ejecutan, y cuando acabada una guerra civil, parecia que iban á desarrollarse gérmenes de vigor y de grandeza, nos revolcamos aún en el lodazal de nuestra ignominia. ¡Y semejante España á una ciudad abierta y abandonada, no sostiene más trato con sus vecinos que el que ellos, cuando bien les parece y por su propio interés, le conceden, entrando en ella á ultrajarla y aprovecharse de su desventura! ¡Mal hora aquella en que el sol nos alumbra para ver ajado nuestro pabellon en Cartagena, hollada nuestra frontera por Navarra, impune y áun premiada la cobardía, y expuestos á la ventura nuestros puertos del Mediterráneo!

Madrid, 1841.

APÉNDICES

NÚMERO PRIMERO.

POESÍAS NO COLECCIONADAS DE AUTORES MODERNOS.

Al principio del prólogo nos lamentamos de que están por reunir en coleccion muchas producciones importantes, así en prosa como en verso, de autores españoles contemporáneos. En corroboracion de esto, bastará citar las de Búrgos, Pidal, Ochoa, Enrique Gil, Baralt, Trueba y Cossio, Alcalá Galiano, Gonzalez Bravo, etc. De las de otros, como Quintana, Lista, Donoso Cortés, Martinez de la Rosa, Ventura de la Vega, Pacheco y Gil y Zárate, tenemos colecciones, pero en mayor ó menor grado incompletas. Los literatos y editores que se dedicasen á recoger y publicar las obras dispersas de esos y otros in-

signes escritores, harian un gran servicio á las letras. Aquí sólo insertaremos, por vía de muestra, un soneto de Gallego, las cuatro principales poesías líricas de Gil y Zárate, de que tenemos noticia, un fragmento de Pacheco, digno, á nuestro juicio, de conservarse, y una oda de Gonzalez Bravo, tan célebre como orador, tan poco conocido como poeta.

Soneto (1).

La voz sonora de un rocin gallego,
Que al *Setabiense* aclama noche y dia,
Llegando al reino de la muerte fria,
Del buen Quijote perturbó el sosiego.
—«¡Hi de pú!... (dijo el paladin manchego)
¿Ese follon ultraja mi valía?
Sus, alto á castigar tal demasía;
Ensilla, Sancho, á Rocinante luego.»
—«Señor, ¿á Rocinante? Si se enfada,
Mi Rúcio solo acallará sus voces,

(1) Parece una sátira contra algun escritor poco respetuoso con Cervantes.

Dejándole tendido en la estacada.»
—«¡Cómo se echa de ver que no conoces,
Sancho amigo, su fuerza denodada!
Capaz es de matar el Rúcio á coces.»

A la Amnistía.

Vuelve á mis manos, descuidada lira,
Vuelve, y tras luengos años
De medroso callar y triste olvido,
Deja que pulse tus doradas cuerdas,
Dando con libre acento
Himnos de gozo y gratitud al viento.
Que no fué tuyo, con servil lisonja,
Al prócer orgulloso
Loores tributar, que en alta silla
Insulta ufano al infeliz opreso,
Y goza en su desgracia,
Y de verle sufrir nunca se sacia.
Mas ¿hora acaso en el inerte polvo
Ociosa yacerías,
Cuando en mi pecho, de entusiasmo henchido,
Siento que hierve el apolíneo fuego,
Y con voz prepotente
Cantar me manda á la beldad clemente?
¡Beldad! ¡alma beldad! tu frente pura,
El trono es del consuelo,

Tus ojos grata mansedumbre vierten,
Tu boca es nido de placer y amores,
Y tu acento sonoro
Es la armonía del celeste coro.
¡Pues que si al cielo concederte plugo
De esplendente diadema
El brillo seductor! De régia pompa
Cercada y majestad, eres entónces
El ídolo sagrado
Que sólo adora el orbe entusiasmado.
Mortales, si anhelais del fiero Marte
El belicoso estruendo
Y en luto y sangre sumergir la tierra,
Oprima el solio en su ambicion el hombre;
Pero si paz dichosa,
Si ventura buscais, reine la hermosa.
Reine; que á par la celestial clemencia,
Mil bienes prodigando,
Con ella reinará. ¡Virtud sublime!
¡Oh de Real poder dulce atributo,
Y su más bella parte!
Si en una hermosa no, ¿dónde encontrarte?
Ardió en España la fatal discordia:
El trono se estremece,
Gime la pátria, y en sangrienta lucha
El que fué vencedor, vese vencido,
Y se alza la venganza,
Y á míseros sin fin sus rayos lanza.

¡Ay! que ya de cien cárceles profundas
Las resonantes puertas
Se abren y tragan al vencido bando!
¡Ay que el plomo, el dogal, el crudo acero
Mandan horrible muerte
A quien hizo traidor su adversa suerte!
Huid, tristes, huid. Remotos climas
Buscad; que es al proscrito
Tierra de maldicion la que algun dia
Dulce pátria llamó: no ya estos campos
Piseis ¡ay! tan queridos;
Ni halague el pátrio hablar vuestros oidos.
Hélos dispersos por extrañas tierras.
Sin bienes, sin asilo,
Al yugo atados de su atroz miseria.
Desde la ardiente Libia al yerto Polo,
Suerte vil arrastrando,
¿Qué clima no los vió siempre penando?
No es eterno el dolor: secad el lloro,
Secadlo, desgraciados;
Que ya se eleva en la feliz España
Benéfica Deidad, á cuyo aspecto
Doquier dichas y amores
Brotar se ven como en Abril las flores.
Miradla ¡cuán hermosa! En su alba frente
Brilla Real corona,
Astro nuncio de paz; y de sus ojos
Deslumbra mucho más la luz divina,

Con su mano preciosa
El áureo cetro rige poderosa.
  El áureo cetro que el augusto Esposo
Á su bondad fiara,
Cuando, aquejado de fatal dolencia,
Al ruego ardiente y fervoroso anhelo
De la afligida España
La muerte atroz detuvo su guadaña.
  «Toma, le dijo, y á mis pueblos caros
Lleva paz y consuelo;
Recompensa su afan: los altos dones
Que á su constante amor mi amor concede,
Vierte, Cristina, en ellos:
Presentados por tí, serán más bellos.»
  Y ¿á quién ¡oh, Reina! la piadosa mano
Hoy tiendes compasiva?
Al proscrito infeliz; que tal le nombras,
No le nombras traidor: si pudo un tiempo
Errar, no ya culpado
Es ante tu bondad, sí desdichado.
  «Venid, hijos, venid; eterno olvido
(Exclamas bondadosa)
Oculte y borre vuestro error funesto;
De la régia piedad tiéndase el manto,
Y á su abrigo benigno
Nadie se crea de perdon indigno.
  »Todos hermanos séd, todos mis hijos;
Y el inmenso tesoro

Do mercedes sin fin los reyes guardan,
De hoy más abierto para todos quede;
Que á falta de inocencia,
Mayor que toda culpa es mi clemencia.»
¡Oh palabras sublimes! Para asombro
De reyes y naciones
De siglo en siglo trasmitidas sean:
Guardarlas, españoles, y en el pecho
Que gratitud inflama,
Grabadas queden con buril de llama.
Abrid, mazmorras, las herradas puertas;
Desapareced, prisiones;
Valles profundos, dilatados mares,
Fácil camino el desterrado os deba;
Y ¡oh! si la tumba avara
Las presas que tragó, tambien soltara!
Llegad presto, llegad: la pátria ansiosa
Á su regazo os llama;
Venid; y en torno de Cristina excelsa
¡Madre! ¡madre! decid: agradecidos
Besad todos su huella,
Y su mano piadosa á par que bella.

A la libertad [1].

¡Libertad! ¡Libertad! Númen sagrado,
Á cuyo santo nombre
Laten los pechos que tu amor inflama!
Naciste el dia que naciera el mundo;
Y á par del gran lucero,
Fuiste del Hacedor el don primero.
Don más grato que el sol, don más brillante;
Aura pura y eterna
Que aliento al alma das, ¿por qué, envidiosos,
Entre sí los mortales se arrebatan,
Ensangrentando el suelo,
Un bien que á todos repartiera el cielo?
Libres os hizo Dios, hombres injustos;
Y pudiendo ser libres,
¡Forjais cadenas y os haceis esclavos!
Quitais á la razon sus santos fueros;
Y degradando al hombre,
¡Es crímen pronunciar de libre el nombre!
¡Inútil afanar! Cual en su seno
La llama abrasadora

(1) Oda leida en el teatro de la Cruz, en la noche del 22 de Octubre de 1835.

El duro pedernal oculta guarda,
Brotando al golpe del bruñido acero,
Tal donde esclavos vieres,
Duermes ¡oh, Libertad! pero no mueres.
  Tal, si tiranos mil con furia insana,
Aprestando cadenas,
Atar intentan tus robustos brazos;
Al herir de los hierros ponderosos,
Con ímpetu iracundo,
Brotas, muestras la faz, vengas al mundo.
  Así en las rocas de Apenzel un dia,
Alzando el noble vuelo,
Á Helvecia sombra con tus alas diste;
É hiriendo el pecho del germano altivo,
Justa muerte lanzaste,
Y en la flecha de Tell al fin triunfaste.
  Así en las olas del antiguo Egeo,
En noche vengadora,
Ardieron del infiel las altas naves:
Tu soplo alimentó su vasto incendio;
Y, obra allí de tus manos,
Renace un pueblo y mueren sus tiranos.
  Mira, burlando muchedumbre inmensa,
En combatida torre
De valientes vencer número escaso,
Las huestes ahuyentar del despotismo,
Y por el orbe entero
El nombre eternizar de Cenicero.

Reinas ¡oh, Libertad! Doquier te aclama
Un siglo que te adora;
Nada tu imperio resistir ya puede;
Y en esta pátria do triunfaste, al viento
Tu pabellon tremola;
Si tienes que temer... es á tí sola.
¡Ay! ¡guarda, guarda! que el feroz contrario
Te acecha cauteloso;
Sí; mírale lanzar de la discordia
La antorcha entre los libres, esperando
Sus prósperos sucesos
No ya de su valor... de tus excesos.
¡Incautos! ¡Ay! tened... ¡Dó vais, ilusos!
Cuando ya sus derechos
La pátria recobró, ¿quereis vengarla?
¿Y de quién? responded... ¿Dó está el tirano?
¿Quién, pueblo, te resiste?
Donde mil Casios hay, César no existe.
¿Acaso el trono con violencia oprime
Déspota aborrecido
Que en sangre, ruinas y orfandad se goza?
No; una Niña le ocupa, un Ángel puro,
Que en juegos se recrea,
Y ni áun de esclavitud tiene la idea.
¡Y su Madre! ¡gran Dios! ¿quién al nombrarla
No siente conmovido
En justa gratitud, el noble pecho?
Ella sus fueros á la pátria vuelve;

Y al español civismo
Cristina y *Libertad* es uno mismo.
Sábia, clemente, bondadosa, afable,
Tu dicha, pueblo hispano,
Es su norte no más. «¿Dónde hay, pregunta,
«Un bien, un nuevo bien que esté en mi mano
»Dar á esta tierra amada?
»Cuanto le tarde en dar soy desdichada.»
Reina, ¿qué puede el español pedirte?
Gime el triste proscrito,
Y de la pátria tú las puertas le abres;
Injusto triunfa el despotismo odioso,
Y lánzasle al averno,
Y alzas de Libertad el templo eterno.
¿Qué más? ¡Ay, cielos! La discordia impía
Sus incendiarias teas
Vibra, y amigos contra amigos arma:
La triste pátria se estremece y gime;
¿Quién por ella intercede?
¿Quién, Reina, sino tú salvarla puede?
Y tú la salvarás: tu voz se escucha,
Tu voz consoladora,
Tu voz nuncio de paz; se oculta el monstruo,
Ceden las iras, la esperanza nace,
Y todos asombrados,
Con más estrecha union se ven ligados.
Union, pues, españoles; ¿quién sin ella
El ser libre concibe?

Unos sean de hoy más nuestros deseos,
Uno el objeto que nos arme á todos;
Y con valor bizarro
A los campos volemos del navarro.
  Allí, sí, sólo allí, fuertes patriotas,
La Libertad peligra;
Sus contrarios allí tan sólo existen:
¿La quereis conquistar? Armaos luego,
Marchad á exterminarlos;
Sólo puede morir triunfando Cárlos.
  Corred, pues, á la lid: en las batallas,
Vuestra sola divisa
Libertad, *Isabel*, *Cristina* sea,
Y en las rocas navarras mil hazañas
Que ensalzarán los hombres,
Con sangre sellen tan preciosos nombres.

Al sitio de Bilbao.

  De entre las rocas que la sangre tiñe,
Do cobarde se esconde,
Alza el tirano la sañuda frente,
Y con áspera voz que estrago anuncia,
Reune sus pendones,
Convocando sus bárbaras legiones.

«¿La veis, les dice, la ominosa villa
Que vuestro ardiente esfuerzo
Dos veces humilló? ¿La veis cual canta
El himno de victoria; y vuestra afrenta
Al mundo publicando,
Es el orgullo del contrario bando?
»¡Allí murió nuestro primer caudillo,
Y aún no le habeis vengado!
Allí inmensas riquezas se atesoran;
Allí, entre lauros, de esta lid sangrienta
El término hallaremos,
¡Venganza y exterminio! ¡Sus! ¡marchemos!»
Dice, y se lanzan, y rabiosos llegan:
Las máquinas embisten;
Truena el ronco cañon, la bomba estalla,
Estrago y muerte por doquier lanzando;
Y al brillar de la llama,
«¡Triunfo!» con risa atroz el monstruo exclama.
Bilbainos ¿temblais?... No; mas ¡ay tristes!
¿Dó está vuestra defensa?
¿Dó están los muros que ampararos deben?
«¡Muros!... me respondeis... no los queremos;
¡Estos los torreones
De los valientes, son los corazones!»
Y el pecho solo presentais sin miedo
Á las ardientes balas:
«Sed esclavos» os dicen los malvados;
«Somos libres» os oigo repitiendo;

Y lo que el libre jura
El cañon de sus manos lo asegura.
De la bomba al horrísono estampido
Se aplana el alto techo;
Perece el dulce hogar; pero ¿qué importa?
Gozosos lo mirais si entre sus ruïnas,
Al par que se derrumba,
El infame carlista halla su tumba.
¡Y qué! ¿En cobarde indiferencia acaso
El exterminio vuestro
España mirará? ¿Dó están sus huestes?
¿Dó sus guerreros?... Vedlos ya; animosos
Traspasan la alta sierra,
Y va á su frente númen de la guerra.
Miradlos y alentad. Ya la victoria
Sus hijos los aclama:
Esos los héroes son que el lauro honroso
De Asarta, de Arlaban, Mendigorría
Al navarro arrancáran,
Sin que sus altos riscos le salváran.
Guerreros, no tardeis... Mas ¿quién detiene
Vuestra marcha atrevida?
¡Oh asombro! ¡oh gloria!... Los sitiados mismos:
«No apresureis, os dicen, la victoria,
Si para asegurarla
La sangre nuestra ha menester comprarla.»
Segura está; vuestro valor lo afirma:
Ya el sitiador se aterra;

Á los montes, cual suele, se guarece;
Y aunque natura y arte allí le amparan,
Medroso, sin alientos,
Pide auxilio á los mismos elementos.
  No importa, no; que triunfos no costosos
El bravo los desprecia;
Las victorias que fáciles se alcanzan
Y el número consigue ó la sorpresa
Búsquelos el carlista:
Sólo ama el liberal noble conquista.
  Allí do en parapeto formidable
Fuego el cañon vomita,
En noche horrible, despreciando hielos,
Cuando hasta el cielo mismo le combate,
Y muerte le destroza,
¡Entónces, sí, que el español se goza!
  Tal te gozaste tú, noble Espartero:
El puente encastillado
Tenaz resiste, y á tus golpes cede:
La noche, el frio, el huracan, el monte
Te niegan la victoria:
¿Qué consiguen al fin?... ¡Darte más gloria!
  ¡Canta tu libertad, fuerte Bilbao!
De Numancia y Sagunto
Los eternos laureles eclipsaste:
Dióles hado fatal ruïna gloriosa;
Tú más dichosa fuiste,
Pues con igual valor vencer supiste.

Lauros de Maraton, lauros del libre,
Reverdeced ahora,
Y orillas del Nervion brotad lozanos;
Con sangre las regaron, de la pátria
Los defensores fieles;
Sangre de esclavos es; creced, laureles.
Españoles, venid, y agradecidos,
Coronas, recompensas
Traed al vencedor... Mas no, teneos;
Que un solo bien aprecia, bien inmenso;
Por él ha peleado;
¡La libertad! Su espada la ha ganado.
Libre de hoy más será, libres seremos;
Y los viles esclavos
Que de un tirano las banderas siguen,
Libres tambien serán, á pesar suyo;
Que el libre, al combatirlos,
Quiere vencerlos, sí, mas no oprimirlos.
Y vencidos serán; y el monstruo fiero
Que su furor concita,
Huirá del suelo que profana impío:
Rabioso le verán remotos climas
Su ignominia arrastrando,
Y ódio, y horror, y maldicion llevando.
Y sólo quedará su sombra odiosa
Vagando por los montes,
Triete, sañuda, sanguinosa, horrible;
Y voz tremenda que á la España atruene,

Gritará: «Castellanos,
Miradla bien; así son los tiranos (1).»

Cancion.

No celebro en mis cantares
La luz de plácida aurora,
Ni su risa;
Ni la orilla de Almendáres,
Donde habita encantadora
Mi Belisa.
No á tí, Gádes opulenta,
Ni á tus hijas tan hermosas
Que yo amé;
Ni tu orilla turbulenta,
Ni tus olas ruidosas
Cantaré.
En triste endecha tan sólo
Dejadme, musas, que diga
Mis pasiones,
Dadme la lira de Apolo
Con que canté mi fatiga
Y aflicciones.

(1) Al insertar aquí la presente oda y la anterior, hemos obedecido á motivos puramente literarios, y de ningun modo á pasiones políticas que no abrigamos, ni queremos fomentar.

Y lleve plácido el viento
Dulce y sonoro mi acento
Por doquiera:
Y que sonando entre rosas
Y entre fuentes ruidosas
Blando muera.
¡Ay mi lira, la mi lira,
De las musas olvidada
Tantos años!
Tierna conmigo suspira,
Cantando de mi adorada
Los engaños.
Tú que alivias mis azares
Y mis cuitas adormeces
Con tu canto,
Llora alegre mis pesares
Con tu son, que tantas veces
Fué mi encanto.
Mas no... que en silencio y lloro
Queden por siempre mis penas
Sepultadas;
Y calla el eco sonoro
Y tus canciones amenas,
Celebradas.
No sepa, no, que la adoro,
Que por ella gimo y lloro,
Mi Belisa:
No llores: ¡ay! si lo advierte

Burlará mi triste suerte
Con su risa (1).

Fragmento.

Desnudo de rayos, cual hierro candente,
El sol de la tarde ya oculta su faz;
Mas piélago inmenso de ráfaga ardiente,
Inunda el ocaso de lumbre fugaz.
El viento ha callado, y el eco medroso
Escúchase apenas doliente gemir:
La voz del *muezino* llamando al reposo
Se pierde en la esfera de etéreo zafir.
Mas hierve en sus venas la sangre al guerrero
Y baña su rostro copioso sudor:
Su pecho palpita debajo el acero,
Marchito su lábio fallece de ardor.
Nacido en el clima do brotan las flores
Que el céfiro templa con grato volar,
Ansiando por lides, ganoso de honores,
Pasó á la cruzada... allende del mar.
El rojo penacho que flota en su frente
Cual astro de gloria doquiera brilló:

(1) No tenemos otro dato para atribuir al Sr. Gil y Zárate esta composicion, que el hallar sus iniciales al pié de ella en la coleccion manuscrita de donde la tomamos.

Cual astro de gloria su espada fulgente
Del árabe fiero la estrella eclipsó.
¿Por qué corre ansioso los mares de arena
Que cercan la santa, la altiva Salém?
¿La voz del peligro por suerte resuena?
¿La voz de la gloria resuena tambien?
Se ignora... La tumba quizá en el desierto
Aguarda su presa con ánsia feroz...
¿No veis el fantasma que pálido y yerto
Se eleva y rugiendo dilata su voz?
Sonido mugiente cual hórrido trueno
Escúchase en torno la esfera sonar;
Se agita el caballo, tascando su freno;
Su yelmo al cruzado miradle calar.
¡El viento!—De golpe, cual mar borrascoso,
En ondas la arena comienza á bullir;
En cien torbellinos al cielo ardoroso
Columnas girantes parecen subir.
Montañas de fuego que surcan el llano,
Cual surca los golfos perdido bajel;
Que pasan... que pasan, cual fiero Oceáno;
Que barren el suelo; que vuelven sobre él.
¡Ni un techo! ¡ni un árbol!... El cielo es de llama,
De llama la tierra que pisa su pié,
De llama es el aire que el pecho le inflama,
De llama el espacio que en torno se ve...
Tales (¡está escrito!) serán los momentos
En que el postrer rayo fulmine Jehová;

Patentes del orbe vereis los cimientos,
Y en leve pavesa la espada arderá.

J. F. PACHECO.

Oda.

I.

Levántase la palma en el desierto
Y al aire tiende la florida frente:
El arenal ardiente
Pisa la caravana fatigada:
La voz alborozada
Del musulman sonó. La palma brilla
Sola en el horizonte;
La brisa enardecida
Mécese con su copa florecida.
«¡Esperanza! ¡salud!» gritó el viajero,
Y volvióse al Oriente,
Y la arena besó devotamente.
«¡Salud, Meca y Medina!»
Volvió á gritar, y gozo de esperanza
Vino á premiar su dilatada andanza.

II.

Y reinaron despóticos señores,
Y los hombres temblaron;
Murió la libertad. En sus furores
Hermanos con hermanos batallaron;

Por las secas arenas
La sangre de los buenos derramada
Remachó las cadenas;
Rindióse la nacion esclavizada:
De terror y de muerte pavorosa
Años de maldicion largos corrieron...
Pero la palma vieron
Los hombres, y en el viento susurrante
Grito de libertad sonó triunfante.
¡Libertad y victoria!
Y la playa bañada
Con la sangre del hombre
Á repetir volvió tan dulce nombre.

III.

Murieron los tiranos,
Y los hombres vivieron
En paz y libertad, y paz se dieron:
Y llamáronse hermanos
Porque hermanos nacieron:
La palma, florecida
Sus frutos ostentó, y enriquecida
Se mostró á los viajeros;
Antes esclavos eran;
Despues fueron iguales;
En la igualdad hallaron fin sus males.
El Simoun sediento, enardecido,
De fatal tiranía,

Dejó ya de soplar enfurecido.
El inmenso arenal seco y ardiente
En campo floreciente,
Vida de las naciones,
Convirtió sus mortíferas regiones.
La voz de Dios, estremeciendo al mundo
Resonó en el profundo:
Los pueblos se abrazaron,
Los tiranos se hundieron...
La vírgen ostentó su cabellera
Coronada de flores;
La paz y los amores
Premiaron su pudor y su belleza;
Clamores de alegría
Saludaron la luz del nuevo dia.

. . . . . .

«¡Salvacion! ¡libertad!» gritó el viajero,
Y volvióse al Oriente,
Y la tierra besó devotamente.
¡Igualdad y victoria!...
La realidad en vez de la esperanza
Vino á premiar su dilatada andanza.

LUIS GONZALEZ BRAVO.

NÚM. II.

Elegía á Alvear.

Esta composicion vió la luz pública por primera vez en *La América*, precedida de dos interesantes escritos, que juzgamos oportuno trascribir. *Una poesía inédita de Espronceda*, se titula el primero; *Noticia biográfica del Sr. D. Diego de Alvear y Ponce de Leon,* el segundo. Hélos aquí:

Una casualidad afortunada trajo á nuestras manos la siguiente elegía de Espronceda. Fué escrita en París á principios de 1830, con motivo del fallecimiento del brigadier de marina D. Diego de Alvear y Ponce de Leon. Está dedicada á D. Diego de Alvear y Ward, hijo de aquel ilustre marino, y condiscípulo que habia sido de Espronceda en Madrid, bajo la sábia direccion del eminente literato don Alberto Lista.

No fué sólo la tierna y constante amistad que unia al poeta con su antiguo condiscípulo, el móvil de su temprana inspiracion; fué principalmente el recuerdo de las altas prendas del recto é ilustrado patricio, y tambien el de los sucesos novelescos y singulares de su azarosa vida. El alma de Espronceda era de aquellas que no pueden dejar de sentir un íntimo y profundo sacudimiento ante la imágen de lo grande, de lo insólito y de lo drámático. Y, ¿cómo no habia de conmoverse al recordar la vida de aquel marino, insigne por sus gloriosas fatigas científicas y militares, que se habia visto en uno de los trances más espantosos que consignan los anales de la vida humana? Los españoles no han olvidado el ataque del cabo de Santa María, en plena paz, de un crucero inglés contra cuatro fragatas españolas (5 de Octubre, 1804); ataque calificado por el ministro D. Pedro Cevallos de *abominable atentado* en el manifiesto de guerra contra la Gran Bretaña, y que por su sentimiento de pudor y justicia que no ahoga nunca en los pueblos, la á veces mal llamada razon de Estado, produjo en Inglaterra casi tanta indignacion como en España. En aquella

alevosa sorpresa mandaba Alvear la division naval española, por enfermedad del jefe de escuadra, D. José de Bustamante. A poco de empeñado el recio combate en que los marinos españoles pelearon con su acostumbrado denuedo, se incendió y voló en pocos instantes la fragata *Mercedes* con los 300 hombres que llevaba á su bordo, y con la familia entera del desventurado Alvear. ¡Vió éste hundirse en las ondas á su mujer y á sus siete hijos! Sólo Dios puede saber á dónde llegarian los dolores sin nombre y sin medida que hubieron de destrozar en aquellos momentos el corazon del padre, del esposo, del jefe y del patricio. Hay angustias morales que apenas concibe el pensamiento y que no alcanza á definir el lenguaje humano. Tal vez en el vértigo de la desesperacion le asaltaria la tentacion de seguir la suerte de su infeliz familia, borrando así para siempre aquella horrible imágen que habia de tener sin tregua ante los ojos. Pero Alvear tenía entónces entre sus manos el sagrado depósito del honor de la pátria. El tremendo carácter del trance mismo le infundió sobrehumana entereza, y comprimiendo el corazon despedazado y pidiendo á

Dios su divino auxilio, continuó dirigiendo el ya desigual combate, hasta donde alcanzaron las fuerzas de aquellos intrépidos marinos. ¡Rasgo peregrino de fortaleza de que sólo hay ejemplo en los tiempos heróicos de la antigüedad!

La noticia biográfica que precede á la elegía de Espronceda está escrita por la ilustrada señorita de Alvear, hija del esforzado marino. La publicamos con suma complacencia, así por justo miramiento á este digno testimonio de filial ternura, como tambien por parecernos notablemente interesante en sí misma y muy adecuada para hacer comprender las delicadas alusiones del poeta á varias circunstancias de la vida del Sr. D. Diego de Alvear.

En cuanto al mérito de los versos, ni los recuerdos de amistad juvenil, ni la aficion que profesamos á las obras del poeta, nos alucinan, hasta el punto de presentar aquí como una produccion brillante y acabada, un mero ensayo poético de un mozo de 19 años. Fácil es advertir en esta elegía casi siempre palabrera y declamatoria, que es obra de quien no ha soltado los andadores de la primera educacion literaria. La imaginacion del poeta no

vuela todavía con alas propias; aún no es capaz de enardecerse con el *Canto del cosaco*, ni de soñar trastornos sociales con *El Mendigo* y *El Verdugo*, ni de llorar con la imágen de *Teresa* los hechizos de la felicidad perdida, ni de cantar con *El Pirata* el deleite de la libertad, ni de pintar á *Jarifa* el hastío de un alma que no cabe en las condiciones de la vida terrestre; se adivina en la *Elegía á Alvear* que el poeta acaba de leer las elegías *áulicas* de D. Juan Nicasio Gallego, y que le han cautivado la noble entonacion y el aparato descriptivo... Pero la publicamos gustosos, porque, además de los sonoros versos que contiene, siempre ofrecen interés á la historia literaria los primeros pasos, los ensayos y las trasformaciones del gusto de los poetas exclarecidos.—LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

Natural de Montilla, provincia de Córdoba, habia nacido D. Diego de Alvear y Ponce, de una familia noble, á mediados del siglo último. Despues de recibir varia y sólida instruccion en el afamado colegio de Jesuitas de Granada, abrazó la carrera de las armas, entrando á servir en la Real Armada el año de 1770.

Hízose muy pronto notar por su claro talento y grande aplicacion á toda clase de estudios; aplicacion que le hacía aprovechar sus largas navegaciones á las Islas Filipinas y á las Marianas, á América y demás colonias españolas para aumentar siempre el caudal de conocimientos que ya poseia. Navegó tambien con objeto de medir latitudes y de tomar parte en tareas científicas, á las órdenes de los afamados Mazarredo y Lángara, y luego al Brasil con motivo de la guerra con los portugueses.

Distinguíase ya tanto por su noble carácter, por sus prendas militares y por su vasto saber, especialmente en las matemáticas, historia natural, astronomía, botánica é idiomas, que mereció, á pesar de su corta graduacion de teniente de fragata, el ser nombrado comisario ó jefe de la segunda division de tres que fueron enviadas (las otras dos á las órdenes de jefes superiores y con escaso resultado) para la demarcacion de límites de las vastas posesiones de España y Portugal en la América meridional.

En el desempeño de comision de tamaña entidad y de tan inmensas dificultades, que él solo supo llevar á feliz término, mostró una

constancia invencible, que, unida al valor y á la admirable serenidad que mostró siempre en los peligros, le hizo triunfar del sin número de ellos en que se halló y de todos los obstáculos que por doquiera le presentaban aquella inculta naturaleza gigantesca y sus salvajes moradores. No quebrantaron el robusto temple de su alma ni las privaciones, ni los trabajos, ni el rigor de las estaciones, ni el vivir casi siempre en descampado y sin más abrigo que una frágil tienda de campaña, ni el tener que defenderse de las tribus indias y más á menudo aún de los traidores tigres y otras bestias feroces, y de inumerables alimañas venenosas que á cada paso le asaltaban. Y todo esto por el largo espacio de veinticuatro años, que invirtió en explorar, reconocer, medir y estudiar en más de 500 leguas de extension, las ignoradas y dilatadas regiones que bañan los caudalosos rios Paraná y Uruguay y sus numerosos afluentes; y navegándolos todos en débiles balsas y á veces sobre la indígena pelota (1).

(1) Es un cuero de buey ahuecado por medio de varas flexibles.

Levantó Alvear gran número de planos y cartas geográficas de todos aquellos países. Hizo observaciones astronómicas de notable interés, y escribió una historia completa descriptiva de su condicion y varias producciones en los tres reinos mineral, vegetal y animal; de sus tribus indíjenas; de la conquista y nuevas poblaciones de todo el vireinato de Buenos Aires, y añadió una muy interesante de las célebres misiones de los jesuitas en el Paraguay. En una palabra, despues de defender los intereses de España con grande acierto y teson en cuestion tan larga y enojosa, adujo todos los datos que pudieran desearse para el perfecto conocimiento de tan dilatadas provincias y su mejor gobierno, como tuvo, en efecto, ocasion de probarlo en las repetidas veces que le pidieron los vireyes su autorizado dictámen.

Con indecible gozo recibió Alvear la órden de volver á la madre pátria, tras ausencia tan larga, para presentar las honrosas resultas de su lavoriosa comision.

Embarcóse, pues, de segundo jefe ó Mayor general en la pequeña division de cuatro fragatas que mandaba el general Bustamante.

Fué feliz la navegacion y veian ya las costas ibéricas, cuando, al amanecer del aciago dia 5 de Octubre, divisaron una escuadra inglesa de fuerza superior, que se les acercó é intimó la extraña órden que tenian de llevarlos á Inglaterra. Opusiéronse los nuestros; pero, áun sin dar tiempo á más explicaciones, empezaron los contrarios á hacerles un vivo fuego, que al punto fué contestado con brío.

Muy pronto, sin embargo, una terrible desgracia inclinó la balanza á su favor, llenando á los españoles de consternacion. ¡Volóse la fragata *Mercedes* y saltó por los aires! ¡En ella venía la numerosa y hermosa familia del desventurado Alvear! ¡Éste, á bordo de la *Medea* y con el mando de ella, por estar el general enfermo, vió la tremenda catástrofe y sintió al punto su inmensa desdicha; pero impávido y sereno, si bien el rostro demudado y lívido por la angustia de su destrozado corazon, siguió dando órdenes y dirigiendo el combate hasta el fin!

Rindiéronse por último los esforzados españoles, y entónces con presteza acudieron todos á los tristes náufragos, salvando hasta 50 de los que más vigorosos ó afortunados pu-

dieran asirse de alguna tabla. Entre ellos ninguno de los del infeliz Alvear. ¡Su esposa, sus siete hijos, un sobrino, varios criados y la mayor parte de su fortuna, todos y todo perecieron en un momento! ¡Tal fué, y en tiempo de paz, el combate del cabo de Santa María!

La Inglaterra se espantó de su propia obra, y por todas partes el clamor contra el Gobierno fué general, y en el Parlamento las más elocuentes voces le atacaron con irrebatible justicia. Por doquiera la conmiseracion, el respeto y la más viva simpatía acompañaban al infeliz Alvear principalmente y á los demás prisioneros españoles.

El rey pronunció sentidas palabras de consuelo y trataron todos de mitigar aquel sin igual infortunio, reintegrándole, al ménos en parte, de los caudales que habia perdido. En España la indignacion fué inmensa y al momento se declaró la guerra, guerra funesta tambien, que al año siguiente trajo consigo la heróica derrota de Trafalgar.

De vuelta Alvear, sobre su palabra, hubo de esperar poco tiempo en reposo; que otra agresion, aún más injusta, le puso pronto en

ocasion de prestar grandes servicios á su pátria. Nombrado comandante de la artillería y brigadas de Marina, y luego gobernador de la entónces isla de Leon, en la Gaditana, cuando la invasion francesa, empezó por contribuir poderosamente á la rendicion de la escuadra de aquella nacion, surta en aquellas aguas, y luego supo atrincherar y artillar la plaza tan perfectamente, haciendo cortaduras y el caño de San Jorge, casi á su costa; y formando, instruyendo y entusiasmando batallones de voluntarios para su defensa, con tanto acierto y vigor, que fueron inútiles los ataques del ejército francés, y el español, á las órdenes del general Alburquerque, en retirada, halló en ella seguro refugio.

Largo fuera enumerar los incesantes é importantes servicios que, en tiempos tan críticos y en circunstancias tan graves, prestó el activo y acertadísimo gobernador.

Toda la vida y todas las esperanzas de la nacion parecian haberse encerrado en aquella pequeña isla, y por lo tanto, la importancia de la autoridad local creció á la par que su responsabilidad.

Pero su fecunda y activa inteligencia, su

imperturbable serenidad y demás dotes de elevado carácter, le hacian hallar pronta solucion en las más apremiantes dificultades, y éstas se presentaban á cada momento. El abastecimiento de la acrecentadísima poblacion, el de las numerosas tropas y su difícil acuartelamiento, los hospitales de sangre y otros improvisados, las exigencias de los generales, del Gobierno, de los aliados, la casi total falta de recursos, la terrible epidemia haciendo extragos é incomunicándolos con Cádiz, la excitacion del alarmado pueblo, amotinándose al pavoroso grito de *traicion, que nos venden:* en fin, peligros y necesidades por todas partes y á cada momento, y el enemigo acechando, siempre á la vista, que la más leve falta pudiera aprovechar.

¡Angustiosos fueron, en efecto, á la par que memorables aquellos dias! ¡Años fueron! Y la heróica isla de Leon, pequeñísima poblacion, pero baluarte de la independencia de la nacion, mereció entonces bien el ser elevada por las Córtes al rango de ciudad de San Fernando.

Debida sin duda fué alguna parte de tanta gloria al celo y acierto del ilustre goberna-

dor, y sin embargo, por una levísima cuestion con uno de los regentes, que era su amigo y albergaba en su casa, fueron desatendidos todos sus servicios; y cuando al clamor general que tamaña injusticia levantara, fué ascendido á brigadier, quedó ya en la escala por bajo de 27, que, más modernos, le habian sido antepuestos. Perjuicio grande, del que nunca le fué ya dado resarcirse.

Concluida la guerra, obtuvo licencia para pasar á Inglaterra y Francia. Regresó á los tres años; pero dolorosamente afectado por los cambios políticos que se siguieron, tomó escasa parte en los sucesos, á pesar de hallarse en el departamento de Cádiz.

Interesada y perdida gran parte de su fortuna en la revolucion del 20 al 23, hubo de retirarse á su casa de Montilla para atender á los bienes que le quedaban, y al mismo tiempo guarecerse algun tanto de los efectos de la reaccion, en aquellos tiempos tan injustos y crueles. No le valió, sin embargo, que pronto empezaron á vejarlo algunos partidarios fanáticos del absolutismo que se habian apoderado del mando: á pesar del singular respeto que su reconocida virtud y elevado carácter

inspiraban á la poblacion entera, vióse á poco *impurificado*, es decir, despojado de todos sus grados, honores y sueldos, que habia debido á su larga carrera de cerca de setenta años, por sentencia de un tribunal político, que juzgaba sin oir al acusado, y sin apelacion, y sin más expediente que tres informes secretos.

Decir el hondo pesar y la extraordinaria sorpresa que tan arbitrario é injusto proceder causaron al anciano militar, fuera difícil tarea; baste saber que las más sensibles cuerdas de su hidalgo, patriótico y honradísimo corazon vibraron dolorosamente y por largo tiempo. Alvear, que toda su vida fué fervorosísimo cristiano, halló sin duda, en las santas prescripciones de la ley del sacrificio y en la viva fé que le iluminaba, la fuerza de resignacion; pero el rubor de su frente y la alteracion de su voz cuando de ello hablaba, manifestaban claramente que sentia como profundamente herida la honra de su acrisolada vida.

Rodeado de una nueva familia y sostenido por su segunda esposa, señora inglesa de nacion, y tan bella y virtuosa como ilustrada, dedicóse Alvear con amoroso anhelo á la educacion de los siete hijos, que, como en remu-

neracion de los que habia perdido, parecia haberle concedido la Providencia. Jamás perdia ocasion ni áun hora alguna sin inculcar en sus juveniles ánimos los más sanos principios de sólida virtud y de ciencias, pues eran tantos y tan varios los diferentes conocimientos que le adornaban, que podia en todo ilustrarlos; y con tanta amenidad en la forma como claridad y solidez en el fondo, ni cansaban sus lecciones, ni era fácil olvidarlas. Por un raro privilegio de la naturaleza, habia reunido Alvear y conservado hasta en su ancianidad la mayor agilidad y destreza en los ejercicios corporales, al lado de aquella clara é infatigable inteligencia que le facilitaba todos los estudios. De tal modo, que, sobresaliendo en gracia y pericia en las juveniles artes del bailar, torear, nadar, en el manejo del caballo, de todas las armas y en hacer sorprendentes juegos de manos, al mismo tiempo era capaz de sostener cuestiones teológicas y de Sagrada Escritura con eclesiásticos de nota que oian su parecer con deferencia, y de cartearse en latin con célebres extranjeros. Poseia además otros siete idiomas, que hablaba y escribia correctamente,

recitando con feliz memoria largas tiradas de los mejores poetas que los ilustraron; y de contínuo se ocupaba en seguir el curso de los astros, ó en resolver problemas de geometría, que á veces dejaba para clasificar una flor, analizar un insecto ó juzgar con sano criterio político algun alto hecho de historia.

Pero abreviemos. Por el año de 1829, ya más templado el Gobierno, le fué devuelto su empleo de brigadier; y, llamado á Madrid, hizo el viaje de más de 70 leguas á caballo, ¡cumpliendo á los dos dias de llegar, sin cansancio, 80 años! Felicitóle el Rey admirado y toda la córte, y le animaron con grandes esperanzas de que sus injustos atrasos y los agravios recibidos iban á ser pronto resarcidos; un nuevo desengaño vino á causarle el último pesar.

Aún conserva su familia la sentida exposicion, que, toda escrita de su mano, dirigió al Rey el 14 de Enero de 1830. Aquella noche fué toda de insomnio, acompañado de un agudo dolor de costado. «*Esto es morir*,» repitió varias veces, y recitaba con gran fervor los sublimes salmos de David. ¡A las siete de la mañana, casi de repente, dejó de existir!—

SABINA DE ALVEAR.

NÚM. III.

El Arrepentimiento y la Desesperacion.

Los fragmentos que, bajo el título de *Improvisacion,* van insertos en la página 64, fueron escritos por Espronceda y recogidos por algunos de sus amigos durante una aguda enfermedad que padeció en Granada. Quizá el recuerdo vago de este hecho y la idea que generalmente se tiene acerca del carácter del célebre poeta, han dado márgen á que se atribuyese y muchos sigan atribuyéndole tradicionalmente la paternidad de una composicion, algo semejante á la citada por la situacion y estado de ánimo que expresa. Aludimos á la *Desesperacion*. Ni por sus condiciones literarias, ni por los datos externos que hemos podido adquirir, nos parece de Es-

pronceda. Ponémosla aquí, sin embargo, para satisfacer la curiosidad de nuestros lectores, si bien suprimiendo, en obsequio al pudor, los doce últimos versos.

DESESPERACION.

Me gusta ver el cielo
Con negros nubarrones
Y oir los aquilones
Horrísonos bramar;
Me gusta ver la noche
Sin luna y sin estrellas,
Y sólo las centellas
La tierra iluminar.
Me agrada un cementerio
De muertos bien relleno
Manando sangre y cieno
Que impida el respirar;
Y allí un sepulturero
De tétrica mirada
Con mano despiadada
Los cráneos machacar.
Me gusta ver la bomba
Caer mansa del cielo,
Inmóvil en el suelo,
Sin mecha al parecer;
Y luego embravecida

Que estalle y que se agite
Y rayos mil vomite
Y muertes por doquier.
  Que el trueno me despierte
Con su ronco estampido,
Y al mundo adormecido
Le haga estremecer;
Que rayos cada instante
Caigan sobre él sin cuento,
Que se hunda el firmamento
Me agrada mucho ver.
  La llama de un incendio
Que corra devorando,
Escombros apilando
Deseo yo encender;
Tostarse allí un anciano,
Volverse todo tea,
Oir cómo vocea,
¡Qué gusto! ¡Qué placer!
  Me gusta una campiña
De nieve tapizada,
De flores despojada,
Sin fruto, sin verdor:
Ni pajaros que canten,
Ni sol haya que alumbre,
Y solo se vislumbre
La muerte en derredor.
  Allá en sombrío monte,

Solar desmantelado
Me place en sumo grado,
La luna al reflejar;
Moverse las veletas
Con áspero chirrido
Igual al alarido
Que anuncia el espirar.
  Me gusta que al Averno
Lleven á los mortales
Y allí todos los males
Les hagan padecer;
Les abran las entrañas,
Les rasguen los tendones,
Rompan los corazones,
Sin de ellos caso hacer.
  Las voces y los gritos,
El juego, las botellas,
En torno de las bellas,
Alegres apurar.
.....
.....
.....
.....
  Romper despues las copas,
Los platos, las barajas,
Y abiertas las navajas
Buscando el corazon;
Oir luego los bríndis

Mezclados con quejidos
Que lanzan los heridos,
En llanto y confusion.
. . . . . .

Unida á la anterior, ó mejor dicho, á una cosa que se le parece, pues está muy incorrecta, fué dada á la estampa *(Olimpo. Imprenta mitológica:* 1871) en folleto de 22 páginas en 4.°, que lleva igual título que el presente apéndice, otra poesía, bastante ménos mala, titulada *Arrepentimiento*. Tampoco la tenemos por de Espronceda: cuando ménos, es muy dudoso que brotara de su pluma. A pesar de esto, la trasladamos á continuacion, porque, además de no ser enteramente desapacible su lectura, ofrece cierto interés bibliográfico en el mero hecho de haberse impreso con el nombre del ilustre autor de *El Diablo Mundo*.

ARREPENTIMIENTO.

A MI MADRE

Triste es la vida cuando piensa el alma;
Triste es vivir si siente el corazon;
Nunca se goza de ventura y calma
Si se piensa del mundo en la ficcion.
No hay que buscar del mundo los placeres,
Pues que ninguno hay en realidad;
No hay que buscar amigos ni mujeres,
Que es mentira el placer y la amistad.
Es inútil que busque el desgraciado
Quien quiera su dolor con él partir:
Sordo el mundo le deja abandonado
Sin aliviar su mísero vivir.
La virtud y el honor, sólo de nombre
Existen en el mundo engañador;
Un juego la virtud es para el hombre,
Un fantasma no más es el honor.
No hay que tener palabras de ternura
Que le presten al alma algun solaz;
No hay que pensar que dure la ventura,
Que en el mundo el placer es muy fugaz.
Esa falsa deidad que llaman gloria,
Es del hombre tan sólo una ilusion,

Que siempre está patente á su memoria
Halagando traidora al corazon.
  Todo es mentira lo que el mundo encierra,
Que el niño no conoce por su bien,
Entonces la niñez sus ojos cierra,
Y un tiempo á mí me los cerró tambien.
  En aquel tiempo el maternal cariño
Como un eden el mundo me pintó;
Yo lo miré como lo mira un niño,
Y mejor que un eden me pareció.
  Lleno lo ví de fiestas y jardines,
Donde tranquilo imaginé gozar;
Oí cantar pintados colorines
Y escuché de una fuente el murmurar.
  Yo apresaba la blanca mariposa,
Persiguiéndola ansioso en el jardin,
Bien al pararse en la encarnada rosa,
Ó al posarse despues en el jazmin.
  Miraba al sol sin que jamás su fuego
Quemase mis pupilas ni mi tez:
Que entónces lo miré con el sosiego
Y con la paz que infunde la niñez.
  Mi vida resbalaba entre delicias
Prodigadas ¡oh, madre! por tu amor;
¡Cuántas veces entónces tus caricias
Acallaron mi llanto y mi clamor!
  ¡Cuántas veces durmiendo en tu regazo
En pájaros y flores yo soñé!

¡Cuántas me diste ¡oh, madre! un tierno abrazo
Porque alegre y risueño te miré,
Mis caricias pagaste con exceso,
Como pagan las flores al Abril;
Mil besos ¡ay! me dabas por un beso,
Por un abrazo tú me dabas mil.

Pero yo te abandoné
Por seguir la juventud;
En el mundo me interné,
Y al primer paso se fué
De la infancia la quietud.
Que aunque tu voz me anunciaba
Los escondidos abrojos
Del camino que pisaba,
Mi oido no te escuchaba
Ni te miraban mis ojos.
¡Sí, madre! yo no creí
Que fuese cierto tu aviso;
Tan hechicero lo ví,
Que al principio, para mí
Era el mundo un paraíso.
Así viví sin temor
Disfrutando los placeres
De mundo tan seductor;
En él encontré el amor
Al encontrar las mujeres.

Mis oidos las oyeron,
Y mis ojos las miraron,
Y ángeles me parecieron;
Mis ojos ¡ay! me engañaron,
Y mis oidos mintieron.
Entre placeres y amores
Fueron pasando mis años
Sin recelos ni temores,
Mi corazon sin engaños
Y mi alma sin dolores.
Mas hoy ya mi corazon
Por su bien ha conocido
De los hombres la traicion,
Y mi alma ha descorrido
El velo de la ilusion.
Ayer ví el mundo risueño,
Y hoy triste le miro ya;
Para mí no es halagüeño,
Mis años han sido un sueño
Que disipándose va.
Por estar durmiendo ayer
De este mundo la maldad
Ni pude ni quise ver,
Ni del amigo y mujer
Conocí la falsedad.
Por el sueño, no miraron
Mis ojos teñido un rio
De sangre, que derramaron

Hermanos que se mataron
Llevados de un desvarío.
  Por el sueño, madre mia,
Del porvenir sin temor,
Ayer con loca alegría
Entonaba en una orgía
Cantos de placer y amor.
  Por el sueño fuí perjuro
Con las mujeres allí;
Y en lugar de tu amor puro,
Amor frenético, impuro,
De impuros lábios bebí.
  Mi corazon fascinaste
Cuando me ofreciste el bien;
Pero ¡oh, mundo! me engañaste,
Porque en infierno trocaste
Lo que yo juzgaba eden.
  Tú me mostraste unos séres
Con rostro de querubines
Y con nombres de mujeres;
Tú me brindaste placeres
En ciudades y festines.
  Tus mujeres me engañaron;
Que al brindarme su cariño
En engañarme pensaron,
Y sin compasion jugaron
Con mi corazon de niño.
  En tus pueblos no hay clemencia,

La virtud no tiene abrigo;
Por eso con insolencia
Los ricos con su opulencia
Escarnecen al mendigo.
Y en vez de arroyos y flores
Y fuentes y ruiseñores,
Se escuchan en tus jardines
Los gritos y los clamores
Que salen de los festines.
Por eso perdí el reposo
De mis infantiles años;
Dime, mundo peligroso,
¿Por qué siendo tan hermoso
Contienes tantos engaños?

Héme á tus piés llorando arrepentido,
Fria la frente y seco el corazon;
¡Ah! si supieras cuánto he padecido,
Me tuvieras ¡oh, madre! compasion.
No te admires de hallarme en este estado,
Sin luz los ojos, sin color la tez;
Porque mis lábios ¡ay! han apurado
El cáliz del dolor hasta la hez.
¡Qué veneno el amor de las mujeres
Que en el mundo gozoso yo bebí!
Pero á pesar de todos los placeres,
Nunca te puse yo en olvido á tí.
Siempre extasiada recordó mi mente

Aquellos dias de ventura y paz,
Que á tu lado viví tranquilamente,
Ajeno de ese mundo tan falaz.
Todo el amor que tiene es pasajero,
Nocivo, receloso, engañador;
No hay otro, no, más puro y verdadero,
Que dure más que el maternal amor.
Vuelve ¡oh, madre! á mirarme con cariño,
Tus caricias y halagos tórname;
Yo de tí me alejé, pero era un niño
Y el mundo me engañó; perdóname.
Yo pagaré tu amor con el exceso
Con que pagan las flores al Abril;
Mil besos te daré por sólo un beso,
Por un abrazo yo te daré mil.
Dejemos que prosigan engañando
Los hombres y mujeres á la par;
De nuestro amor sigamos disfrutando,
En sus engaños, madre, sin pensar.
Porque es triste vivir si piensa el alma,
Y mucho más si siente el corazon;
Nunca se goza de ventura y calma
Si se piensa del mundo en la ficcion.

De la mencionada *Imprenta mitológica* ha salido tambien en estos últimos años, suponiéndosele, á todas luces sin funda-

mento, obra de Espronceda, un poema en octavas reales y en varios cantos, titulado *La Mujer*, y, por cualquier lado que le miremos, despreciable.

NÚM. IV.

Entierro de Espronceda (1).

Segun ayer anunciamos, á la hora de las cuatro y media de la tarde se reunió en la iglesia de San Sebastian, donde se hallaba depositado el cadáver del malogrado jóven, un concurso numerosísimo, que sin duda pasaria de mil personas, con el objeto piadoso de tributar al distinguido literato y diputado los últimos honores. Hallábanse allí casi todas las notabilidades literarias de la capital, inmensa mayoría de los diputados á Córtes, algunos senadores, oficiales de la milicia nacional, los principales actores de ambos teatros, y otra porcion de personas de todas las clases del pueblo. En el concurso distinguimos al apreciable escritor francés M. Viardot, esposo de la célebre Paulina García, el cual, amante siempre de las glorias españolas, qui-

(1) Este artículo salió á luz en el *Eco del Comercio*, el 25 de Mayo de 1842.

so mostrar sin duda, que así como para el verdadero mérito no hay distincion de partidos, tampoco hay diferencia de naciones.

A las cinco se puso en marcha el cortejo funeral, compuesto de dos largas filas de los referidos asistentes, y presidido por los señores presidente del Congreso y patriarca de las Indias, tio del difunto, á quienes llevaban en medio el señor conde de las Navas y otros cercanos amigos de aquél.

Cerraba las filas la banda de música del tercer batallon de nacionales, que fué todo el tránsito tocando una marcha patética, y seguia una larguísima fila de coches de respeto.

El cadáver iba en un ataud cerrado, colocado sobre un carro fúnebre con cuatro caballos enlutados. Sobre el féretro se veian esparcidas algunas flores arrojadas de los balcones de la carrera, la cual fué por la plazuela del Angel, calles del Prado, Príncipe, Carrera de San Jerónimo y todo el Prado hasta la puerta de Atocha, desde donde se dirigió al cementerio de la Sacramental de San Sebastian.

Descendido el ataud en medio del gentío que llenaba el recinto, y depositado en el sitio en que ha de reposar para siempre, se cantó

el responso, y en seguida el Sr. Gil (D. Enrique), íntimo amigo del difunto, lleno de profunda emocion que apenas le permitia articular, leyó la siguiente composicion, oida con religioso silencio y aplaudida vivamente por el concurso:

Á ESPRONCEDA

¿Y tú tambien, lucero milagroso,
Roto y sin luz bajaste
Del firmamento azul y esplendoroso,
Donde en alas del génio te ensalzaste?
¡Gloria, entusiasmo, juventud, belleza,
De tu gallardo pecho la hidalguía
¿Cómo no defendieron tu cabeza
De la guadaña impía?
¿Cómo, cómo en el alba de la gloria,
En la feliz mañana de la vida,
Cuando radiantes páginas la historia
Con solícita mano preparaba,
Súbito deshojó tormenta brava
Esta flor de los céfiros querida?

. . . . . .

Águila hermosa que hasta el sol subias,
Que los torrentes de su luz bebías,
Y luego en raudo vuelo
Rastro de luz é inspiracion traías

Al enlutado suelo;
¿Quién llevará las glorias españolas
Por los tendidos ámbitos del mundo?
¿Quién las hambrientas olas
Del olvido y su piélago profundo
Bastará á detener? Tus claros ojos
No lanzan ya celestes resplandores:
Frios yacen tus ínclitos despojos:
Faltó el impulso al corazon y al alma:
En las ramas del sauce de tu tumba
El harpa enmudeció de los amores,
Y de tu noche en el silencio y calma
Trémula y dolorida en aura zumba!

. . . . . .

¡Y yo te canto, pájaro perdido,
Yo á quien tu amor en sus potentes alas
Sacó de las tinieblas del desierto,
Que ornar quisiste con tus ricas galas,
Que gozó alegre en tu encumbrado nido
De tus cantos divinos el concierto!
¿Qué tengo yo para adornar tu losa?
Flores de soledad, llanto del alma,
Flores ¡ay! sin fragancia deleitosa,
Hiedra que sube oscura y silenciosa
Por el gallardo tronco de la palma.
¡Oh mi Espronceda! ¡oh generosa sombra!
¿Por qué mi voz se anuda en mi garganta
Cuando el lábio te nombra?

¿Por qué cuando tu planta
Campos huella de luz y de alegría,
Y tornas á la pátria que perdiste,
Torna doliente á la memoria mia,
A mi memoria triste,
De tu voz la suavísima armonía?
¡Ay! si el velo cayera
Con que cubre el dolor mis yertos ojos,
Ménos triste de tí me despidiera:
Blanca luz templaria mis enojos
Cuando siguiese tu sereno vuelo
Hasta el confin del azulado cielo.
¡Adios, adios! la angélica morada
De par en par sus puertas rutilantes
Te ofrece, sombra amada;
Ve á gozar extasiada
La gloria imaculada
De Calderon, de Lope y de Cervantes.

El Sr. D. Joaquin María Lopez, tan conocido en el foro y en la tribuna, tuvo ocasion de lucir con tan triste motivo las galas de su brillante imaginacion y de su filosofía, pronunciando de viva voz el discurso que sigue:

«¡Qué triste es, señores, el destino del hombre sobre la tierra! Apenas hace seis meses que la voz de Espronceda resonó sobre las

tumbas en versos melancólicos, para celebrar el valor y la gloria del infortunado Guardia. Entónces mi palabra se unió á la suya en honor del héroe, y hoy tengo que dirigirla al malogrado compañero. No es extraño; porque si es triste la suerte del hombre, más triste es sin duda la suerte del génio. Este destello de la divinidad aparece de vez en cuando como una antorcha para alumbrar al mundo; pero atraviesa rápidamente el espacio como una exhalacion luminosa, sin dejar en pos de sí más que una miserable pavesa y el doloroso recuerdo de su pasado resplandor.

»Amarga es, por cierto, la prueba de esta verdad que hoy tenemos á la vista. Buscamos ansiosos al amigo, al compañero que ayer se sentaba á nuestro lado, que compartia nuestras tareas parlamentarias y no encontramos otra cosa que sus frios restos que nos guarda ese enlutado ataud. Cuarenta y ocho horas han bastado para segar en flor nuestras esperanzas y la del país; cuarenta y ocho horas han bastado para poner entre él y nosotros nada ménos que un mundo entero y el mar sin límites de la eternidad.

»Espronceda no habia nacido ciertamente

para vivir mucho. Su extremada sensibilidad debia hacer que sus impresiones fuesen más contínuas y más profundas. Y las cosas que pasan por el alma de los hombres comunes rozando apenas y como resbalándose sobre su tosca superficie, hacian en el alma del que lloramos una ancha herida, que ni el tiempo mismo podia cerrar, porque la alimentaba siempre viva con el culto misterioso que daba á los recuerdos. Su imaginacion era un volcan, y su corazon un abismo. Él estaba fuera de su centro, porque ni el mundo lo comprendia, ni acaso él se hallaba bien en el mundo en la forma en que por su desgracia lo habia comprendido.

»Ya al fin no existe, y hé aquí señores, otra idea bien desconsoladora. Sobre esa cabeza, por la cual han cruzado tantas ideas atrevidas, tantas imágenes felices y tantos rasgos de una profundidad, tal vez inconmensurable, reposa ahora la muerte como haciendo alarde de su triunfo, pareciéndose á una dignidad maléfica y vengativa, ó á un verdugo enemigo y sangriento que se sonrie y goza á la vista de la víctima á quien acaba de inmolar.

»¿Y qué podré yo decir en merecido elogio de nuestro perdido amigo? Como poeta sublime, él ha colocado su pluma al lado de la de Homero y de tantos otros escritores justamente célebres en el género épico, pero con la notable ventaja de que Espronceda, despues de arrebatarnos con los vuelos de su ardiente fantasía, se plegaba con una facilidad admirable á todas las otras clases de composiciones, pintándonos del modo más feliz las gracias de la belleza, los placeres y dulces arrullos del amor, y los goces inefables de la naturaleza en los momentos en que ésta se muestra amiga del hombre y hace alarde de su poder y de su gala en la serenidad de los cielos y en la apacible quietud del mundo satisfecho y feliz. Esa alma que ha volado de entre nosotros tenía un tipo de creacion á ningun otro parecido. Sus obras llevan un sello que las distingue de todas las otras concepciones del entendimiento humano. Los fragmentos que conservamos del *Pelayo*, que sirvieron de entretenimiento á su años juveniles, y *El Diablo Mundo*, que habia empezado á escribir en edad más adulta, pasarán á la posteridad entre la admiracion y el

aplauso, y ciertamente las generaciones venideras harán más justicia al mérito del autor que la que le han hecho sus contemporáneos.

»Como patriota, la pluma, la espada y la lengua de Espronceda marcharon siempe unidas en defensa de los intereses y de los derechos del pueblo.

»Como particular, amigo sincero, siempre franco y siempre generoso, cautivaba las voluntades, y bastaba acercársele para quererlo con entusiasmo. Esta especie de adoracion se aumentaba en las almas sensibles al notar ese barniz, ese opaco colorido de melancolía que traspiraba por todas sus acciones y por todas sus palabras. Se conocia que el mundo le habia despedazado el corazon, y que no encontraba en la historia de su vida sino punzantes recuerdos. La naturaleza se habia mostrado pródiga con él concediéndole todos sus dones, pero la desgracia se habia apresurado á tomar posesion de su existencia, y le ha perseguido hasta el último momento, pues hasta su muerte ha sido extremadamente dolorosa. Él pintaba ese vacío del corazon, esa esterilidad del alma, ese abandono que hace creerse al hom-

bre extranjero y sólo en medio del mundo, en aquellos tristísimos versos

Para mí los amores acabaron;
Todo en el mundo para mí acabó;
Los lazos que á la tierra me ligaron
El cielo para siempre desató.

»Tal era la vida de nuestro amigo. Feliz él que ha encontrado en el sepulcro la paz y el sosiego que en vano buscara sobre la tierra. Como diputado, apenas empezaba á pisar la arena parlamentaria, cuando le ha interceptado en su carrera el destino, arrancándolo de nuestro lado. Habia emprendido una senda peligrosa, y la seguia con gloria. La muerte le ha sustraido al tormento de perder un dia todas las esperanzas y todas las ilusiones. Morir con ellas es siempre una ventaja y un consuelo.

»Duerme, pues, en paz, jóven desgraciado, en tu último asilo, seguro de que te acompañarán constantemente en él nuestros recuerdos y nuestras lágrimas. De tí podemos decir como ha dicho Chateaubriand, cuya brillante imaginacion puede llamarse hermana de la

tuya: su sepulcro está en su pátria, con el sol puesto, con los llantos de sus amigos y con los encantos de la religion. Los que te lloramos, acaso no debamos esperar esa dicha, y acaso la mano cariñosa de la amistad ó del amor no vengan á cerrar nuestros ojos. Vela, pues, desde la region afortunada en que ya existes sobre el destino de esta pobre pátria, de la cual, mientras vivias, has sido uno de los más firmes apoyos y uno de los más leales y decididos defensores.»

Varias veces fué interrumpido el orador con las cordiales muestras de aprobacion de los oyentes, y al final del discurso que acabamos de copiar, se redoblaron los aplausos y las muestras de conmocion del auditorio.

No ménos buena acogida tuvieron las pocas palabras que en honor del difunto pronunciaron mezcladas con sollozos los Sres. Navas y Brabo, cuyas amistosas relaciones con Espronceda se sabe cuán estrechas eran; y del mismo modo fué oido un soneto del Sr. Romero Larrañaga, del cual no hemos podido obtener copia, y sobre todo un excelente fragmento, el último que ha escrito el difunto, leido por el Sr. Romea (D. Julian). Creemos

que este bello trozo debia formar parte del celebrado poema *El Diablo Mundo*, que ha quedado desgraciadamente sin concluir.

Ya cerca del anochecer se terminó la fiesta fúnebre, de cuyas tristes impresiones nos hallamos aún poseidos al trazar estas pocas líneas.

En medio de este doloroso efecto, sentimos la satisfaccion de reconocer que la ilustre memoria del Sr. Espronceda recibió ayer acaso las mayores honras que se hayan hecho hasta el dia en Madrid á particular alguno; porque si no tuvo su entierro, como indicó el señor Lopez, ni el lujo ni el acompañamiento aristocrático, fué el más brillante en la esencia que se puede hacer por el pueblo á un hombre del pueblo.

FIN.

ÍNDICE

	Páginas.
Advertencia	5
Al lector	7
A... dedicándole estas poesías	13
A D. Diego de Alvear, sobre la muerte de su amado padre. Elegía	14
A la señora de Torrijos. Romance	19
Octava real	21
A Matilde	22
A... Madrigal.—A un ruiseñor. Soneto	24
Romance	25
El Templario	27
El Dos de Mayo	31
A Carolina Coronado	37
La vuelta del Cruzado	38
Serenata	39
Cancion báquica	41
Fragmento	42
A la traslacion de las cenizas de Napoleon	44
El Angel y el Poeta	47
A una ciega	51
Las quejas de su amor	54
La maga y su hijo	56

Páginas.

Fragmentos del canto VII de *El Diablo Mundo*. 59
Improvisacion..... 64
A Guardia. Soneto..... 67
De Gibraltar á Lisboa. Viaje histórico..... 69
Un recuerdo..... 83
España y Portugal..... 101
APÉNDICES..... 125
I.—Poesías no coleccionadas de autores contemporáneos..... 127
II.—Elegía á Alvear. 150
III.—El Arrepentimiento y la Desesperacion. 166
IV.—Entierro de Espronceda..... 179

457034

Espronceda, José de
Páginas olvidadas. 2. ed.

LS
E779p

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED